EL ZAPATERO

Y

EL REY.

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

POR

DON JOSE ZORRILLA.

BURDEOS:
EN LA IMPRENTA DEL DIARIO,
CALLE DE S. VICENTE, NUM. 22.

1840.

Por odio y contrario afan
calumniado torpemente,
fue soldado mas valiente
que prudente capitan.
Osado y antojadizo
mató, atropelló cruel;
mas por Dios que no fue *él*,
fue su tiempo quien lo hizo.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS

N.º de la procedencia

ACTO PRIMERO.

PERSONAS.

DON PEDRO.	BLAS. } *sus hijos.*
DON JUAN.	TERESA. } *sus hijos.*
DIEGO PEREZ, *zapatero.*	UN HOMBRE DEL PUEBLO.

La escena es en Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

Interior de la casa de Diego Perez: ajuar del oficio. Es de noche.

BLAS. TERESA.

Teresa. Sí, sí, cierra la ventana,
que hace una noche...
Blas. Muy buena
para empezar una ronda.
Teresa. ¡Vaya, y diluvia!
Blas. Por fuerza.
bebe los vientos por tí
si hoy es constante.
Teresa. ¡Qué pelma!
Blas. Vive Dios que es un mancebo
que vale un mundo, Teresa;
ni valientes le intimidan,
ni temporales le arredran;
con su espadon en el cinto
y su malla sempiterna,
no hay quien le tosa en Sevilla
si como ronda pelea.
Teresa. Siempre te me estás burlando.
Blas. ¿Yo burlarme? no lo creas,

784532

si la verdad no te digo
en la vida hablé de veras.
¿Crees tú que entrar le dejara
en casa, si no creyera
que es un soldado y valiente?

Teresa. (*Sobresaltada.*) ¡Dios mio!

Blas. ¿Qué fue, Teresa?

Teresa. Seria aprension.

Blas. Seria.

Teresa. Creí que abrian la puerta.

Blas. Lo que tú tienes es miedo.

Teresa. Ojalá no le tuviera;
aunque en tal caso, mi Blas,
gran ventaja no me llevas.

Blas. ¿Cómo?

Teresa. Anteanoche temblabas.

Blas. ¿Cuándo?

Teresa. ¿Cuándo?... ¿no te acuerdas?

Blas. No á fé.

Teresa. Cuando aquella mano
que asiéndola por las rejas
cerró á golpe la ventana.

Blas. Algun hidalgo tronera
que á su casa volveria
con tres ó cuatro botellas.

Teresa. ¿Y aquellas voces que oimos?
dí, ¿y el son de las cadenas?

Blas. ¡No lo mientes!

Teresa. ¡Virgen santa,
qué noche tan cruel fue aquella!
Rodaba todo el infierno.
por el atrio de la iglesia.

Blas. ¿Lo viste tú?

Teresa. ¿Yo? En la cama
me dí mil veces por muerta,

y nó me atreví de miedo
ni á rebullirme siquiera.
Pero Juanito me dijo
que él asomó la cabeza
por la regilla, mucho antes
que á cerrárnosla vinieran
y vió...

Blas. ¿Que vió?

Teresa. Seis fantasmas,
cuatro blancas y dos negras.

Blas. Hablemos si te parece
con formalidad, Teresa.

Teresa. Pero no dejes la obra
por hablar.

Blas. Enhorabuena.
Sigo con ella, y escucha.
Aunque yo en verdad no tenga
miedo á los muertos, sea dicho
con la debida cautela,
por no tenerlos vecinos
he echado á solas mis cuentas.

Teresa. Y á fé que la vecindad
no es muy grata.

Blas. Estáme atenta.
Puesto que van ya tres noches
que esos muertos se rebelan,
y con sus danzas nocturnas
dormir en paz no nos dejan,
pienso ir, si padre consiente,
á otro barrio con la tienda.
¿No te parece? Y mañana...

Teresa. ¿Mañana? ¡Soberbia idea!

Blas. Cuanto mas pronto mejor.

Teresa. Sí, sí, porque el miedo arrecia.
Yo, la verdad, ni una noche

duermo un minuto serena.

Blas. Pues yo sueño con los diablos
y los duendes todas ellas.

Teresa. ¡Hola! ¿con que al cabo, Blas,
que tienes miedo confiesas?

Blas. Negar que los muertos me hacen
mucha pavura, Teresa,
fuera, á hablar como hombre honrado,
en mi la aprension mas necia.
Sabes que en toda mi vida
temí paliza, pendencia
ni motin, que en todo lance
presto anduve á la defensa
de mi padre ó mis hermanos,
de un vecino... de cualquiera.
Sabes que estuve empeñado
no ha mucho en ir á la guerra,
y que á dejarme mi padre,
ya estaria en la frontera.
Mas los muertos me intimidan,
¿á qué andarse por las yerbas?
Si veo venir de frente
una pica, una bàllesta,
derecho me voy al bulto
por ir aunque mas no sea;
pero en hablando de muertos
estoy con la pataleta.
Me columpio que parece
que es de plomo la cabeza,
los pies y manos de corcho,
y el corazon de manteca.

Teresa. Pues manos á la mudanza.

Blas. No, como á padre convenga,
á otra parte con la música.

Teresa. Blas, que llaman á la puerta.

Blas. Abre tú.
Teresa. Miren que gracia.
Abre tú que estás mas cerca.
Blas. ¡Vaya! ¡Pues aun tendrá miedo!
¿Quién?
Diego. (*Dentro.*) Yo.
Blas. Teresa. Buenas noches.
Diego. Buenas
os las dé Dios, hijos mios.
(*A Blas, que se asoma á la puerta con curiosidad.*)
Vaya, Blas, que llueve, cierra.

ESCENA II.

DIEGO. BLAS. TERESA.

Teresa. ¿Quereis lumbre?
Diego. Sí por cierto;
que hace una noche tremenda.
Blas. Sentaos.
Diego. Toma el sombrero.
Llévate la capa y tiéndela.
Blas. Chorreando está.
(*Vase Blas y vuelve.*)
Teresa. ¿Que teneis,
padre? Traeis descompuesta,
desencajada la cara.
Diego. Es el frio.
Teresa. No, por fuerza
os ha sucedido...
Blas. ¿Cómo?
¿qué es eso?
Diego. Vaya, que apenas
llego, siempre os empeñais
en que azares me sucedan.

No tengo nada.

Blas. Es que importa
que jamas os acontezca
mal, mientras que tengais hijos
que os venguen.

Diego. ¿Eh?

Blas. Que os defiendan.

Diego. La venganza es, hijo mio,
de maldicion una piedra,
que tarde ó temprano vuelve
contra el mismo que la suelta.

Blas. Ya lo sé, padre, que he oido
mil veces eso en la iglesia.

Diego. Pues es preciso que siempre
en la memoria lo tengas.
Pero vamos á otra cosa:
¿Vino?

Blas. Nadie.

Diego. En horabuena:
¿con que habeis estado solos?

Blas. Si, señor.

Teresa. Si no se cuenta
el miedo de cada cual.

Diego. ¿Y de qué ese miedo era
ambos callais?

Teresa. Dilo, Blas.

Blas. Padre, hablando con franqueza,
los muertos...

Diego. Bueno, dejadlo.

Blas. Es que estamos siempre...

Diego. Vuelta.

Blas. Y hemos tratado los dos
de que mudemos la tienda.

Diego. No hay que pensar mas en ello;
los muertos son gente buena,

y no se meten con nadie.

Teresa. Pero...

Diego. Silencio, Teresa;
no son los muertos á fé
los que ahora á mí me amedrentan;
y de una vez para siempre
que comprendais me interesa,
que los muertos no hacen daño,
y que hablar de ellos molesta.

Blas. Pero, padre, ¿y esas voces
que de noche nos atruenan?

Diego. Cerrad las ventanas bien,
y dormir á pierna suelta;
las voces solo son ruido,
y el ruido no rompe piernas.

Blas. ¿Y no era mas facil?...

Diego. No.

Blas. Vuestro mal humor os ciega:
padre, ¿qué tiene de estraño
que por ser la calle estrecha,
porque se pierde ò se gana,
ó sea por lo que sea,
mude un vecino algun dia
á otro barrio casa ó tienda?

Diego. Blas, yo tengo mis razones,
y permanecer es fuerza,
en esta casa, aunque mucho
de ello en el alma me pesa.

Blas. (¡Qué diablos! ¡quiere y no quiere!
¿A que tambien da en la tema
de callar que tiene miedo?)
Pero....

Diego. Basta de querella:
no hay que alzar ya mas pelillos
á conversacion tan necia;

y el que de noche curioso
me abra á deshora una reja,
que se eche á él solo la culpa
del mal que á todos nos venga.

Teresa. ¿Llamaron?

Blas. ¿Abro?

Diego. ¿Pues no?
que entre en mi casa quien quiera.

ESCENA III.

DICHOS. D. JUAN DE COLMENARES.

D. Jua. Dios sea loado.

Diego. ¡Don Juan!
¿con una noche tan cruda
vos en mi casa?

D. Jua. Sin duda,
siempre os quise con afan.

Diego. Cuatro años hace, señor,
que en ella no os hemos visto.

D. Jua. De venir es, ¡vive Cristo!
esa la razon mejor.
Cuanto mas corren los años,
mas los amigos se prueban,
y amistades se renuevan
en males y desengaños.

Diego. Hablais, don Juan, de amistades
con tono tan singular,
que nos hareis recelar
en la vuestra novedades.

D. Jua. ¡Oh, no, Diego! Por mi vida
nunca os la tuve mas fiel,
y de ello...

Blas. (Reniego de él)

D.Jua. Os dá pruebas mi venida.
(*Con aire de importancia.*)
¡ Hola ! que altos los muchachos
estan !... ¡ mozo mas cabal !...
no le sentarian mal
la coraza y los mostachos.
¿ No es este el que quiso ser...
Blas. Yo soy, y si aun me dejaran,
por S. Juan que se quedaran
los zapatos por coser.
D.Jua. ¿ Con tanta aficion te sientes ?
Blas. Los ojos tengo rasados
solo con ver los soldados
con el hierro hasta los dientes.
D.Jua. Y entónces, ¿ por qué esa senda ?...
Blas. Dice mi padre, señor,
que siempre he de estar mejor
que en el cuartel, en la tienda.
D.Jua. Nada hay á eso que añadir;
mas Diego, si no hay objeto
que lo obste, tengo en secreto
dos palabras que decir.
Diego. ¿ A mí, don Juan ?
D.Jua. A tí, Diego.
Diego. Podeis empezar si os place.
D.Jua. No estás solo.
Diego. ¿ Eso qué le hace ?
D.Jua. Iréme pues.
Diego. Idos luego.
(*Con orgullo.*)
Bajo este techo, don Juan,
no quien no pueda discreto
guardar el mejor secreto.
D.Jua. Grandes para tí serán
los motivos de esa fé

en tus hijos, pues lo son;
pero fuera indiscrecion
firme yo, y no lo haré.

Diego. Pues tanto empeño mostrais,
idos vosotros.

Blas. (Maldita
sea con él su visita.)

(Vanse Blas y Teresa.)

ESCENA IV.

D. JUAN. DIEGO.

Diego. Solos estamos; ¿hablais?

D. Jua. Diego, tú audaz y orgulloso
de tu virsud satisfecho,
caminas siempre derecho
por el camino espinoso
de la vida; mas preciso
será que te haga mirar
que hay mucho en que tropezar.

Diego. Os agradezco el aviso;
mas tengo ya setenta años,
y si es que torcido anduve,
los vicios que siempre tuve
tarde os parecen estraños.

D. Jua. Diego, tu altivez modera
y á la razon deja luz,
que es muy recta tu virtud,
pero es atrevida y fiera.
Consulta contigo mismo
lo que vas á responder,
que va tu respuesta á ser
tu salvacion ó tu abismo.
¿Quieres escribir tu nombre
donde los nuestros están?

Diego. Ya os dije que no, don Juan.
D. Jua. (¡Que tenacidad de hombre!)
Diego, ¿lo has pensado bien?
Diego. Sí, don Juan.
D. Jua. ¿Y no has pensado
que va á alcanzar tu pecado
á mi cabeza tambien?
Diego. ¡Tambien á vos! no lo entiendo.
D. Jua. ¿Quereis que en olvido eche
que ambos con la misma leche
nos nutrimos?
Diego. Os comprendo;
tal vez creis que me amais
porque pensais mucho en mí,
mas cuando pensais así,
don Juan, os alucinais.
Mucho mi arrogancia os pesa,
pues culpo vuestras acciones,
y esas son las mil razones
porque Diego os interesa.
D. Jua. Mas hay otros que inflexibles
por no malograr su afan,
á tu vida tenderán
todos los lazos posibles.
Te seguirán por do quiera,
y es infalible decreto,
que quien roba su secreto
ayuda les preste ó muera.
Diego. Concluyamos de una vez:
yo sé que hay un Juez supremo
y nada en el mundo temo
mientras me ampara ese Juez.
Os habeis puesto, insensatos
con los nuestros á jugar,
y habeis logrado engañar

asi á muchos mentecatos.

D. Jua. Cuanto importa mantener
de ese aislado monasterio
la oscuridad y el misterio,
en mi empeño puedes ver.
Es fuerza, Diego, que el vulgo
de comprenderlo no acabe;
si ha de morir quien lo sabe,
peligro, pues lo divulgo.

Diego. Desprecio la oculta ley
que proscribe mi virtud,
y siendo en mi juventud
soldado, defiendo al rey.

D. Jua. Al rey que deja morir
de hambre á sus servidores,
que andan hoy como traidores
mendigando á quien servir.
El rey que deja inhumano
que ha merced de oficio infame....

Diego. Quien tal al trabajo llame,
es, don Juan, solo un villano:
jamás en lo que es me meto
mi rey, que soy su vasallo,
bueno ó malo, sufro y callo,
y aunque le odio, le respeto.
Lo dije: y mirad por Dios
que pierdo ya los estribos!
no temo muertos ni vivos;
con que meditadlo vos.
Y no lo tomeis á espacio,
que no soy yo vuestro amigo;
y en amistad os lo digo,
mañana voy á palacio.

(Un punto de silencio.)

D. Jua. Lloré, supliqué por tí,

mas la vida nos va en ello;
y cada cual por su cuello
mira con razon aqui.
Con que si ello tanto importa,
piensa á tu vez y despacio,
que no llegará á palacio
ni tu palabra mas corta;
pues no puedes en conciencia
en ser nuestro consentir,
custodiado has de partir,
y no temas la indigencia.

(Le ofrece un bolsillo que Diego rechaza.)

Diego. Dadlo á los de vuestra grey,
don Juan, que yo mi pobreza
llevo con tanta fiereza
como su corona el rey.
Y aunque los den tan baratos
que cieguen por trabajar,
nunca pan me ha de faltar;
mis hijos harán zapatos.

D. Jua. Sabes, y Dios me es testigo,
de que hice por tí, á mi fé,
cuando pude.

Diego. Ya lo sé;
mi padre os crió conmigo.

D. Jua. Y no sé como igualmente
la misma leche nos hizo
necio y descontentadizo
á tí, y á mí tan prudente.

Diego. Teneis razon, ¡vive Dios!
que hemos salido en pareja
un lobo con una oveja.

D. Jua. Tú el lobo.

Diego. Y la oveja vos:
eso dije.

D. Jua. Hombres ingratos
que desprecian tan traidores....
Diego. (*Interrumpiéndole.*)
No quiero vuestros favores,
don Juan; coseré zapatos.
¿Me teneis mas que decir?
D. Jua. Que te encomiendes al cielo.
Diego. A ese tribunal apelo.
D. Jua. A Dios.
Diego, Con vos quiera ir.

ESCENA V.

DIEGO. BLAS. TERESA.

Blas. Padre, no oí lo que os dijo,
mas créolo un desacato;
y muerte afrentosa elijo,
si siendo yo vuestro hijo
os ofende y no le mato.
Diego. ¿Nada comprendiste?
Blas. No.
Diego. Dios tal vez te ensordeció.
Blas. Ví que os ofreció dinero,
y que dijisteis: no quiero;
bien hecho, tampoco yo.
Diego. Blas, la honra es un tesoro,
y aunque te ofrezcan mas oro
que cabe en la catedral
si le vendes harás mal.
Blas. Primero me mate un moro.
No le está bien á un mancebo
los secretos rastrear
de un viejo, se que no debo;
mas ¿me quereis confiar
este? A guardarle me atrevo.

Diego. Es inútil; está bien
donde está, y no estarà, no,
mucho tiempo.

Blas. Yo tambien
tomaré lo que me den
los que saben mas que yo.
(*Pausa.*)

Teresa. Padre, ese hombre os ha dejado
tan inquieto... ¿qué teneis?

Diego. ¿Vuelves ya á lo comenzado?
Con tan prolijo cuidado
acosado me teneis.
Mas ahora que hago memoria,
si ese soldado viniera
de otras noches, me pluguiera.

Teresa. ¿Os fuera útil?

Diego. Sí que fuera.

Blas. ¡Es hombre de grande historia!
Me gusta por lo valiente,
y de honrado tiene facha:
(*A Teresa.*) ¿no es así?

Teresa. Padre consiente
en que venga...

Blas. Y es corriente,
que quiera padre no es tacha.

Diego. No le agradezco infinito
sus visitas en verdad;
mas hoy que le necesito...

Blas. ¡Voto á S. Diego bendito!...

Diego. Blas, no jures.

Blas. Perdonad;
pero mal lobo me coma
si no vuelvo como un galgo
con él.

Teresa. ¿Llaman?

Blas. Luego asoma
en nombrando al rey de Roma.
Diego. Si fuera él...
Blas. Apostara algo.

ESCENA VI.

DICHOS. DON PEDRO *en trage de soldado.*

Blas. Seor soldado, guárdeos Dios.
D. Ped. El le socorra, mancebo.
Alegre está, ¿qué hay de nuevo?
Blas. Nada, pues llegàsteis vos.
D. Ped. ¿Me esperaban?
Blas. Impacientes.
D. Ped. ¿Qué es ello, pues, linda niña?
¿se la ocurre alguna riña?
¿Qué me mandais?
Diego. Que te sientes.
D. Ped. Buen viejo, disimulad;
no os saludé en derechura,
porque al ver tanta hermosura
me siento ciego.
Diego. En verdad
que sois un hombre bizarro,
y siempre con buen humor.
(*Don Pedro mete sin ceremonia ambos pies por medio de todos.*)
D. Ped. Dejadme echar al calor
esta humedad y este barro.
Blas (Si no viera en una pieza
su amor y su edad marcial,
Teresa, tomaba á mal
su desenfado y franqueza.)
D. Ped. ¿Qué murmura el perillan?
Blas. Que traeis hoy una espada

con mucho primor dorada.

D. Ped. En el cuartel me la dan:
y como me sirva bien,
jamas las señas la tomo;
que al pulsarla por el pomo
se cura siempre á cercen.
Pero al caso, señor Diego:
dispuesto estoy à escucharos;
hablemos de prisa y claros,
que he de partirme muy luego.

Diego. ¿Entrais en palacio vos?

D. Ped. ¿Porque me lo preguntais?

Diego. Porque si hasta el rey llegais
quiero hablarle.

D. Ped. Sí por Dios;
y si quereis que le diga....

Diego. A solas le quiero hablar.

D. Ped. Para tan alto picar
muy grave causa os obliga.

Diego. No á mí.

D. Ped. ¿Pues á quien?

Diego. A él.

(Don Pedro frunciendo el ceño se arrellana en la silla diciendo con altivez.)

D. Ped. Diga, pues, lo que se ofrece.

Diego. Al rey su merced parece.

D. Ped. La cara tengo tan cruel
que con el rey me compara?

Diego. Hable de él con mas respeto,
que yo jamas me entrometo
á mirar al rey la cara.
Y en fin, lo podeis hacer?

D. Ped. Cuando querais.

Diego. Pues mañana.

D. Ped. ¿A que hora?

Diego. La mas temprana.
D. Ped. Pues bueno, al amanecer.
Diego. ¿Os burlais?
D. Ped. No por mi vida,
porque mañana temprano
ha dispuesto el soberano
dar al monte una batida;
con que si verle quereis
que madrugueis es preciso.
Diego. No echaré al agua el aviso.
D. Ped. Mucho de él os prometeis.
Diego. Eso es ya negocio mio,
seor soldado.
D. Ped. Bien está;
á mí tanto se me dá;
con que en ello no porfio.
Diego. Pues á otra cosa; y decid,
¿que se habla por la ciudad?
D. Ped. Estoy de eso á la verdad
tan al cabo como el Cid.
Diego. ¿No os importan las noticias
de vuestra patria y del rey?
D. Ped. ¿A mí?... que haya buena ley
y se hagan muchas justicias.
Lo demas nada me importa;
y cuando columbro guerra,
(Señalando la espada.)
doy un repaso á esta sierra,
y estoy listo en cuanto corta.
(Llaman en la puerta con brio.)
Teresa. ¡Ay!
D. Ped. Llaman.
Diego. Abre. *(Lo hace Elas.)*

ESCENA VII.

DICHOS, UN HOMBRE DEL PUEBLO.

Blas. ¿Que quiere?
Homb. ¿Diego Perez?
Blas. Aqui es.
Homb. Que vaya corriendo, pues,
que su pariente se muere.
Diego. ¿Mi pariente? ¿y que pariente?
Homb. Gil Perez el estatuario,
que está con un mercenario
muriendo devotamente.
Diego. ¡Gil Perez!.... ¡Oh! perdonad,
señor soldado, que entiendo
que ese que se está muriendo
conmigo en su mocedad
siguió las armas reales.
D. Ped. Id, que soy muy vuestro amigo
y estais cumplido conmigo;
id à remediar sus males.
Y si urgen por mala estrella
medicinas ó dinero,
tengo una bolsa de cuero;
mandad por lo que hay en ella.
Diego. Gracias, y á Dios.
Blas y Teresa. ¿Volvereis?
Diego. En cuanto el mal lo permita.
(*Sale Diego con el hombre; Blas y Teresa se asoman á la puerta.*)
Blas. Corre que se precipita.
D. Ped. Mozos, buen padre teneis.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, TERESA; BLAS *cosiendo zapatos.*

D. Ped. Decidme, esquiva hermosura,
¿me quereis como yo à vos?
Teresa. Brava pregunta por Dios.
D. Ped. Brava os quiero, altiva y dura;
¿pero la frase la estraña?
darela satisfaccion:
es que està mi corazon
por sus ojos en campaña.
Y soldado mas valiente
que prudente capitan,
planto el sitio y allá van
mis ballestas de repente.
Si el enemigo responde
á él voy, y sin hacer alto
entro al lugar por asalto
sin mirar nunca por dónde.
¿Se me entiende?
Teresa. Como está
tan oculta la emboscada,
no es facil...
D. Ped. Vuestra avanzada
dió con ella.
Blas. ¡Voto va!
Paréceme que á barato
lo echais, y se me barrunta...
D. Ped. ¿Quién al rapaz le pregunta?
calle y cosa su zapato.
Blas. (Siempre adelante me lleva;
por mas que me tengo serio,
arranca con tal imperio
que el diablo que se le atreva.)

Teresa. Bien, hablemos de otra cosa:
dicen que el rey de Castilla...
D. Ped. ¿Està ahora con la Padilla
en conferencia amorosa?
Teresa. ¿Qué me importa? es de la guerra
de Aragon por que pregunto.
D. Ped. Contadme allá por difunto.
Teresa. ¿Os partís para esa tierra?
D. Ped. El rey sus tercios envia
para allá, y segun infiero
yo salgo con él primero;
con que al caso, prenda mia:
si no me dais antes de ir
de vuestro amor una prueba,
dad por llegada la nueva
de que estoy para morir.
Teresa. Mucho en el alma lo siento,
que al cabo os queria bien.
D. Ped. (Bello está en ella el desden,
pero mas el sentimiento.)
¿Con que me quereis, Teresa?
Teresa. Ya lo dije; mas si os vais,
pésame que lo sepais.
D. Ped. ¿Que os pesa decis?
Teresa. Me pesa,
porque es vuestra condicion
olvidar lo que ha pasado
en lugar que habeis dejado;
con que ved si en Aragon
olvidareis á Castilla.
D. Ped. (*Con brio.*) ¿Olvidar y haberla visto?
y vale mas ¡voto à Cristo!
que la Aldonza y la Padilla.
Teresa. ¿Qué decis? que... ¿á quien nombrais?
D. Ped. Padilla y la Coronel,

damas del rey.

Teresa. ¿Y con él
y aquellas nos comparais?

D. Ped. Sí, pues siendo ante la ley
él el primero y mejor,
la mas hermosa el amor
debe cautivar del rey.

Blas. Ved que estais aquí conmigo,
y ved que su hermano soy.

D. Ped. Qué lenguaráz estás hoy.

Blas. Es que soy....

D. Ped. Calle, le digo.

Blas. (Los ojos me hace bajar
y se me traba la lengua.)

Teresa. No le riñais, que es gran mengua
hacerle esto tolerar;
y partid, que es ya muy tarde
y no está mi padre aqui.

D. Ped. ¿Con vos no me dejó á mí?
¿qué importa que yo le aguarde?

(Tocan á las ánimas, y al son de las campanas Blas y Teresa hacen un movimiento de temor.)

D. *Ped.* ¿Que es eso?

Teresa. ¿No oís tocar?

Blas. Las nueve deben de ser.

D. Ped. ¿Y que tiene eso que ver
para ponerse á temblar?

Blas. ¿Qué, no sabeis lo que pasa?
mas no me mireis asi,
que poneis un ceño...

D. *Ped.* Dí
qué es lo que hay.

Blas. En esta casa
es imposible vivir;

la mejor noche nos comen.

D. *Ped.* ¿Quien?

Blas. Temiendo estoy que asomen,
que á esta hora suelen venir.

D. *Ped.* ¡Que tropel de desaciertos!
locos á esta hora os volveis.

Blas. ¿Los oís?

(D. *Pedro da un paso hácia la ventana; Blas le deliene.*)

No os asomeis.

D. *Ped.* ¿Pero quién son?

Blas. Unos muertos.

D. *Ped.* ¡Muertos!...¡Bah! ¡bah! pues ya estoy;
¿con que todo eso era miedo?
¿Y se ven? (*Segundo paso de don Pedro y detencion de Blas.*)

Blas. Estaos quedo
si morir no quereis hoy.

D. *Ped.* Y en efecto, se oye ruido
y se ve luz por la calle.

Teresa. Siento que padre no se halle
ya esta noche recogido.

Blas. ¡Cielos, yo tiemblo por él!
todos los dias parecen
hombres que á fuerza perecen
de esa iglesia en el cancel.

D. *Ped.* ¿Y la justicia lo sabe?

Blas. Sin duda saberlo debe.

D. *Ped.* ¿Y entonces?

Blas y Teresa. Nadie se atreve.

D. *Ped.* (Gran misterio en ello cabe;
prosigamos, y si encuentro
el hilo á este laberinto,
fuego pondré á su recinto
hasta dar con lo que hay dentro.)

Decid, ¿y habeis visto alguno
de esos cuerpos que perecen
por la noche, y aparecen
por la mañana?

Blas. Ayer uno.

D. Ped. ¿Tenia herida?

Blas. En el pecho.

D. Ped. ¿Y mostraba la señal
ser de espada ó de puñal?

Blas. Que con ambas lo habian hecho
dijeron los cirujanos.

D. Ped. Luego eran contra uno dos?
¡ánimas eran por Dios
de vivientes bien villanos!

(Ruido dentro.)

Blas. ¿Oís?

D. Ped. Mándrias, no tembleis,
que quien lo remedie habrá.

Blas. ¿Quién con los muertos podrá?

D. Ped. Los vivos.

Teresa. ¡Como!

D. Ped. ¿No veis
que en un nicho los encierran?

Blas y Teresa. Claro está.

D. Ped. Pues de contado
pueden mas que el enterrado
los vivos que allí le entierran.

Blas y Teresa. Tiene razon.

Diego. *(Dentro)* Muerto soy.

Blas. ¡Santo Dios! ¿habeis oido?

(Un momento de atencion.)

Diego. (Dentro.) ¡Blas! ¡Teresa!

Teresa. ¡Padre ha sido!

(Blas corre á la puerta, y al tiempo de abrir se ve á Diego tendido en tierra.)

Diego. ¡Ay de mí!
D. Ped. ¿Soñando estoy?

ESCENA IX.

D. PEDRO, DIEGO, BLAS Y TERESA.

Blas. ¡Sangre! ¿quién fué, padre mio?
Diego. Tente, Blas, no salgas, no,
que murieras como yo,
y en tí mi esperanza fio.
Blas. Voy á buscar...
Diego. Escusado;
¡fué mi destino fatal!
arrimadme ese sitial,
y acercaos, buen soldado.
D. Ped. Decid si sabeis quién fué,
que ha de acordarse de vos.
Diego. Dejadme acabar por Dios:
id á ver al rey...
D. Ped. ¿Y qué?
Diego. Y decidle que esos muertos....
D. Ped. Acabad.
Diego. No puedo mas.
(*Inclina la cabeza y muere.—Pausa.*)
D. Ped. ¡Voto á Dios y á Barrabás!
entre sus labios abiertos
él mismo el secreto ahogó.
Blas. Padre.
Teresa. Señor.
D. Ped. Esto es hecho;
vamos á echarle en su lecho,
que ayudaros puedo yo.
(*Llévanle y vuelve don Pedro.*)

ESCENA X.

DON PEDRO.

¿En ver al rey tanto afan
y á puñaladas morir?
de lo que me iba á decir
claros barruntos me dan.
Con él los muertos mantienen
misteriosa relacion...
con el rey por precision
tambien relaciones tienen.
¡Incomprensible cadena,
yo seguiré uno por uno
tus eslabones, y alguno
se deshará como arena.
(*Se pasea á pasos precipitados, y esclama mirando á la ventanilla.*)
Muertos que del nincho salen
y los vivos asesinan,
son si á espacio se examinan
fantasmas que verse valen.

ESCENA XI.

D. PEDRO, BLAS *sale á la puerta y se tiene en el dintel, la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras del mas profundo dolor.*

Blas. ¡Amigo!
D. *Ped.* (¡Desventurado!)
¿Diego?
Blas. No le nombres ya:
¡silencio! mi hermana está
rezando aun á su lado.
D. *Ped.* Que llore es mucha razon.

Blas. Sí, que rece una mujer,
pero algo mas ha de hacer
un hombre en esta ocasion.
D. *Ped.* ¿Luego dijo....
Blas. Nada dijo,
pero yo lo sé muy bien,
que hay cosas que no las ven
sino los ojos de un hijo.
(Muy marcado.)
Un hombre esta noche estuvo
con mi padre hablando aqui,
y yo con mi padre vi
que muy descortes anduvo.
Ya de la puerta al dintel
dijo: encomiéndate al cielo....
á su tribunal apelo
si quien le mata no es él.
(Quedan ambos en silencio por un instante.)
D. *Ped.* Esta noche irás conmigo
y el rey te remediará.
Blas. ¿El rey? no voy; me ahorcará,
que es del otro muy amigo.
D. *Ped.* ¿Y no hay justicia en Sevilla?
Blas. Dicen que con este rey
no hay mas razon ni mas ley
que su capricho en Castilla.
D. *Ped.* Rapaz, la audacia perdono
porque lastimado estás;
pero no hables asi mas
de quien se sienta en un trono;
y escúchame un buen consejo,
que lléveme Belcebú
si no sé yo mas que tú
en la muerte de ese viejo.
¿Quieres con el hombre dar

que á tu padre asesinó?

Blas. El alma daria yo
á quien me le haga encontrar.

D. Ped. Pues los secretos que encierran
las tumbas, lo saben bien
á estas horas...

Blas. Pronto, ¿quien?

D. Ped. Esos muertos que te aterran.

Blas. ¡Santo Dios!

D. Ped. Que no te atreves
á esperarlos, bien se ve;
mas yo en tu lugar lo haré,
y piensa cuanto me debes.
Yo hallaré el rastro á tu presa,
te daré á ese hombre, y si él es,
me has de ayudar tú despues
á poner cabo á la empresa.
¿Dices que de esa ventana
se alcanza la iglesia á ver?

Blas. ¿Cielos que intentais hacer?

D. Ped. Una caridad cristiana:
vete mancebo á rezar
por el que duerme allí echado,
vete; yo soy un soldado
y voy tambien á velar.

Blas. Mirad bien, que aunque parecen
ilusiones del temor
esos fantasmas, señor,
mayor crédito merecen.
Mi padre me amenazó
que quien osara mirar
ni entender....

D. Ped. Vete á rezar,
Blas, que te lo mando yo.

Blas. Valiente sois, buen soldado;

quedoos muy agradecido,
mas de hinojos os lo pido
quede el postigo cerrado.
¡Oh, aunque me digais tenaz
que son visiones del miedo,
lo he visto y juraos puedo
que hay un muerto pertinaz
que en cerrárnosle se empeña!

D. Ped. Vete, que ha de estar abierto,
y como asome ese muerto
yo le daré santo y seña.

(D. *Pedro obliga á Blas á entrar en el cuarto donde entró su padre.*)

ESCENA XII.

D. PEDRO.

Que lloren sus desventuras
los hijos de un zapatero
mientras busca un caballero
con valor sus aventuras.
(*Entorna la ventana.*)
Dejo entornado el postigo
y mato la luz; asi
veo y no me ven á mí
de las sombras al abrigo.
(*Toma un taburete y se sienta enfrente de la ventana.*)
Quien son los muertos veré,
y si á toparlos acierto,
no me ha de quedar un muerto
que sepa tenerse en pie.

ACTO SEGUNDO.

PERSONAS.

DON PEDRO.	D. JUAN ROBLEDO.
BLAS PEREZ.	DOÑA ALDONZA CORONEL.
D. JUAN DE COLMENARES.	D. ALBAR PEREZ DE GUZMAN.
SAMUEL LEVI.	UN CONJURADO.

Plazuela cuyo fondo representa la fachada principal de una iglesia abandonada: en el fondo el átrio cercado de verjas de hierro, á la derecha el esterior de la casa de Diego, con la ventanilla que abrió don Pedro en el acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN DE COLMENARES. SAMUEL LEVI.

D. *Jua.* Preciso matarle fué.
Samuel. ¿Con que al cabo?
D. *Jua.* Sí, murió,
que un dia mas de su vida
fuera nuestra perdicion.
Duéleme mucho su muerte;
pero á jugar, vive Dios,
las nuestras contra la suya,
lo hecho tengo por mejor.
Samuel. Sí, por el santo Abraham;
¿pero estais seguro vos
de que nadie mas que el viejo
cayó en la cuenta?
D. *Jua.* Eso no;

hermanos fuimos de leche,
y era ese Diego un varon
justo, inflexible y severo,
que siempre pensó y obró
segun su recta conciencia;
y aunque tuviera ocasion
fuera del rey, á ninguno
parte de su intento dió.

Samuel. Mas hijos tiene.

D. *Jua.* Samuel,
desechad todo temor,
los hijos como del vulgo
canalla cobarde son;
ni abrirán una ventana
hasta muy entrado el sol,
ni cerrarán una puerta
sino ántes de la oracion;
y á gente tal en contándola
cualquier patraña ó error,
la teneis siete semanas
soñando con la vision.

Samuel. En verdad, buen Colmenares,
que os acude harto valor
para arriesgaros á tanto.

D. *Jua.* Nunca, Samuel, me faltó
ni la audacia ni el consejo
cuando puestos en union
me tentaron el antojo
las grandezas y el amor.

Samuel. Asi corre vuestra fama
por Sevilla, y asi sois
el escándalo en el templo
y en las calles el terror.

D. *Jua.* Vaya que estais esta noche
filósofo; un hombre soy,

y como tal mis pecados
flaquezas humanas son.
Solo hallo una diferencia
con los demas, es que yo
aborrezco á los hipòcritas
y obro con satisfaccion
sin embozar mis flaquezas
con disimulo traidor.

Samuel. Bien meditado, don Juan,
tal vez no os falta razon,
pero es el vulgo envidioso,
injusto y murmurador.

D. *Jua.* ¿Qué diablos vais á decirme
con tan prolijo sermon?
que me place la hermosura,
que à los regalos me doy,
que mis inmensos caudales
derramo con profusion,
que tengo amigos, que tengo
mucho en la corte favor.
¿Y eso qué tiene de estraño?
¿no haceis otro tanto vos?

Samuel. ¿Y os olvidais ya, don Juan,
del bonete y del ropon?

D. *Jua.* Y olvidais que me dieron
la prebenda como à vos
del rey la tesoreria?

Samuel. ¿Cómo?

D. *Jua.* Vedlo en conclusion:
Yo era soldado, la guerra
siendo rico me cansó,
el rey me queria entonces,
el cabildo enredador
de Sevilla, harto indiscreto,
no sé en qué le desairó.

Don Pedro para humillar
tan osada presuncion,
sin mirar á mas razones
en el coro me sentó;
con que soy un ave ambigua
que estoy en disposicion
de volar y de correr
como me venga mejor.
No recibí orden alguna;
y á mi antojo, ved que voy
llevando con igual brio
las espuelas y el ropon.
Mas vamos á lo que importa:
¿el mensagero llegó?

Samuel. Mañana llega.

D. *Jua.* ¿En secreto?

Samuel. No, con mucha ostentacion
que trae comitiva y viene
con nombre de embajador.

D. *Jua.* ¿Y es hombre de quien se fie?

Samuel. A toda prueba.

D. *Jua.* ¡Por Dios
que el atrevimiento es mucho!

Samuel. No es don Juan mucho mayor
que señalar una iglesia
por punto de reunion.

D. *Jua.* De audaces es la fortuna,
ya veis lo bien que salió
para apartar los curiosos
de los muertos la ficcion.

Samuel. Aunque á bulto en poco estuvo
si con nosotros no dió
el Justicia Benavides
allá en el otro rincon.

D. *Jua.* ¡Oh, aqui seguros estamos,

gracias á lo que costó!
Dos veces hemos venido,
y mirad en derredor,
no hay una casa habitada,
y el zapatero murió;
pero el enviado decidme,
¿sabrá hacer....

Samuel. ¡Santa Sion!
médico, adivino, astrólogo,
y mi huesped, ved, señor,
si tendrá bien su lugar;
de sus consejos en pos
enfermos, pobres y tontos
le irán á implorar favor.
Entrarán cuantos quisiéremos,
y tomaran de su voz
nuestras órdenes, á guisa
de remedio ò prediccion.

D. *Jua.* ¡Soberbia idea, Samuel!
¿Y Aldonza?

Samuel. En venir quedó,
y aguardará del alcazar
para salir la ocasion.
Pero, don Juan, vamos claros.
¿la amais de veras?

D. *Jua.* ¡Pues no!
es noble, astuta y hermosa.

Samuel. Don Juan, que os asista Dios.

D. *Jua.* Y ademas don Juan Lacerda,
su cuñado, el reino entró
por Córdoba.

Samuel. Y su marido
viene á ayudarnos.

D. *Jua.* Estoy
en que esta noche le esperan.

Samuel. Celoso del rey, traidor
se ha vuelto Albar de Guzman?
D. *Jua.* Nuestro es el rey.
Samuel. Vámonos
que alguien llega: desde el átrio
veremos, don Juan, quien son.
D. *Jua.* Si nos acechan ¡ay de ellos!
arrojaos sin temor,
y adelante.
Samuel. En ese caso
podeis arrojaros vos.
D. *Jua.* ¿Que temeis?
Samuel. Nada en resumen:
mas soy viejo, odio el rencor,
y para matar cristianos,
don Juan no conspiro yo.
D. *Jua.* Pues ahora os digo lo de antes,
Samuel, que os asista Dios.

ESCENA II.

D. JUAN Y SAMUEL *tras de las verjas del átrio*
ROBLEDO Y DOÑA ALDONZA CORONEL.

Aldonz. ¿Robledo, llegamos ya?
Robled. Este es el sitio, señora.
Aldonz. Tan solo y tan á deshora
miedo este sitio me da.
Robled. Nada teneis que temer,
que entre amigos os hallais.
Aldonz. ¿Que soy, Robledo, olvidais
nada mas que una muger?
y aunque sagaz y ofendida
es natural mi temor.
Robled. Cubriros fuera mejor
con el lienzo.

Aldonz. Me intimida
disfrazarme de este modo,
y horror de mí misma tengo.
Robled. En que repugna convengo;
mas esto lo salva todo.
(*Pónense unos mantos blancos, y dirigiéndose hácia el fondo quedan de espaldas al espectador á manera de muertos con sus sudarios.*)
Robled. Oh, es muy feliz la invencion
de estos lienzos funerarios.
Aldonz. Pues de andarnos con sudarios
no es la mejor ocasion.
Robled. ¿Teneis tan poca esperanza?
Aldonz. Demasiado tengo acaso;
mas Robledo, un solo paso
puede arrastrar la balanza.
Robled. Tal vez alguno nos mira.
Aldonz. ¿No veis alguien á la puerta?
Robled. Nadie á venir aqui acierte
si como vos no conspira.
Seguidme.
Aldonz. Vamos allá,
que en vos confio, Robledo.
Robled. Venid, señora, sin miedo,
que yo llamaré.
D. *Jua.* ¿Quién va?
Robled. Las ánimas.
Samuel. Ellos son.
D. *Jua.* (Sepamos antes de entrar
lo que se puede esperar
de las gentes de Aragon.)
Aldonz. ¿Sois vos don Juan?
D. *Jua.* Sí, yo soy.
Aldonz. Gran miedo por vos pasé.

D. *Jua.* Miedo decís, ¿y por qué?
Aldonz. ¿No veis el trage en que estoy?
Samuel. Guárdeos el cielo, señora.
Aldonz. ¿Tambien Samuel con nosotros?
Samuel. Tambien Samuel.
D. *Jua.* Y aun hay otros
que el conocerlos ahora
trabajo os ha de costar.
Aldonz. ¿Y os esponeis tan temprano?...
D. *Jua.* Es el vulgo muy villano,
y no se atreve á acercar.
Sinó por esta invencion
de los muertos, ya apostara
que estábamos cara á cara
hà mucho con el leon;
mas hicimos tan estrañas
anécdotas referir,
que nadie ha osado venir
contra visiones tamañas.
Samuel. Pues determinar es fuerza
de concluir lo mas presto,
que es facil que den tras esto
y la fortuna se tuerza.
D. *Jua.* (*A doña Aldonza.*)
¿Que es de don Albar Guzman?
Aldonz. Esta noche entra en Sevilla.
D. *Jua.* ¿Y el otro?
Aldonz. Contra Castilla
dispuestos ambos estan.
Samuel. ¿Vuestro cuñado Lacerda
sigue venciendo?
Aldonz. Sí á fé,
y en él precavida até
un cabo de nuestra cuerda;
al otro está mi marido,

que con los suyos atento
aguarda solo el momento
del ataque convenido.

D. Jua. ¿Trae gente?

Aldónz. Pocos, mas buenos,
que por diferentes puertas
entraràn,

D. Jua. Que estén abiertas
se dispondrá.

Aldonz. Eso es lo menos,
nuestros los alcaides son.

D. Jua. ¿Robledo, y la gente vuestra?

Robled. Mucha tengo, osada y diestra,
dispuesta á la rebelion:
pero sin armas están.

D. Jua. Cuando hagan al caso ireis
donde las encontrareis.

Bobled. ¿Instrucciones?

D. Jua. Se os darán.
¿Y vos, Samuel?

Samuel. Todo està
preparado á la ocasion:
Granada con Aragon
auxilio y favor nos dá.
Mahomad el rey Bermejo
à pretesto de embajada
envia desde Granada
un moro de su consejo;
y pues no han de sospechar
de un embajador amigo,
él harà que al enemigo,
puedan avisos llegar.

D. Jua. El legado del pontifice
parte con nosotros toma.

Samuel. De rebeliones en Roma

hay muy práctico artifice.
Aldonz. Mas el rey...
D. Jua. Dejadme hacer;
disoluto mozalvete,
le daremos un juguete
que le sepa entretener.
Aldonz. Estemos muy sobre aviso,
que tiene mas de leon,
cuya sangrienta aficion
saciar antes es preciso.
Samuel. Pues si al leon por ventura
saciar antes interesa,
yo le arrojaré una presa
que satisfaga su hartura:
y pues aunque entrado en años
de ser mozo no dejó,
al leon dormirè yo
y al mozo vuestros amaños.
Aldonz. Tanto amor le he de fingir,
que milagros ha de hacer
si es capaz de prever
que en mi amor ha de morir.
¿Don Enrique?
D. Jua. Será, rey.
Aldonz. ¿Contestó?
Samuel. Contestó ya,
y en sus poderes nos da
por buenos ante la ley.
D. *Jua.* Nos deberá él la corona,
rey el pueblo castellano,
y el infierno otro tirano
que le espera aunque le abona.
Aldonz. Vaya allá ¡viven los cielos!
de huesped de Lucifer.
D. *Jua.* (*A* D.ª *Aldonza.*) Y con el puede correr

Albar Perez.

Aldonz. (*A don Juan.*) ¿ Teneis celos?
D. *Jua.* ¿ No sois vos todo mi afan?
Aldonz. Mas viniendo mi marido...
D. Jua. Todo está ya prevenido.
Aldonz. ¿ Que decis?
D. *Jua.* Juntos irán.
Aldonz. ¡ Vuestro amigo!
D. *Jua.* ¿Y qué tenemos?
¿ no necesita una presa
el leon? darémosle esa.
Aldonz. ¡Don Juan!
D. *Jua.* (*Señalando al judio.*)
¿Otra le daremos?
Aldonz. Me entendisteis.
D. *Jua.* Bien está:
despachemos esa gente,
que hace tiempo que impaciente
tambien nos espera ya.

(*Entranse todos en la iglesia, y cuando vuelven las espaldas asoma y sale despues don Pedro por la puerta que se supone de la casa de Diego Perez.*)

ESCENA III.

DON PEDRO.

¡Por la Virgen de Belen,
leon de sangre sediento
se dará el rey por contento
con la presa que le den!
y el cetro de un mozalvete
mientras venden á Aragon,
echarán carne al leon
y al mancebo algun juguete.

(Pasea á largos pasos y dice de repente)
¡Por Dios que si estando quedo
necios á acosarle van,
cuando ruja se echarán
entre la yerba de miedo!
Voto á Dios, bando insensato,
que hallarás al leon, sí;
pero caerá sobre tí
silencioso como el gato
(Vuelve á pasearse meditabundo.)
¿Quién necio al primer embate,
mal jugador de ajedrez,
jugando la primer vez
tira al rey un jaque mate?
¿Con trampas y alteraciones
piensan el juego embrollar?
Empecemos à jugar
moviendo algunos peones.
¡Blas!

ESCENA IV.

DON PEDRO, BLAS.

Blas. ¿Que quiere?
D. Ped. Ven acá:
¡paréceme que decias
que á tu padre vengarias!
Blas. ¡Sí por Dios!
D. Ped. Empieza ya.
Blas. No juege con mi dolor,
que por Cristo que le juro
que aunque plebeyo y oscuro
razon me sobra y valor.
D. *Ped.* La paciencia sin embargo
te hace falta, tenla pues:

yo sé el matador quién es.
Blas. ¿Quién?
D.*Ped.* La prudencia te encargo.
Blas. ¡Prudencia! ¿y visteis morir
á quien me mandais vengar?
D.Ped. Ve la justicia á buscar
y hazla contigo venir.
Blas. ¿De mí burlaros quereis?
D.*Ped.* ¿De Colmenares te olvidas?
Blas. ¿Ese fué?
D.Ped. El mismo.
Blas. Cien vidas.
que tuviera.... lo vereis.
D.*Ped.* Pues yo le pondré en tus manos
si traes la justicia tú.
Blas. ¡Justicia! por Belcebú
que es ausilio de villanos.
¿Dónde está ese tigre cruel?
Dadme esa daga por Dios,
y cierro delante à vos
á puñaladas con él.
D.Ped. Y si tal haces, menguado,
¿llegarás á tu enemigo
sin que tropieze contigo
la justicia de contado?
Si el golpe yerras por suerte...
Blas. No temais, no le erraré.
D.Ped. Mejor es que se le dé
la justicia, que es mas fuerte.
Blas. ¿Ese consejo me dais
y sois soldado del rey?
¿os remitis á la ley
y espada al cinto llevais?
Guardaos enhorabuena
vuestros consejos, y ahora

dejadme aguardar mi hora
mal devorando mi pena;
porque os juro que un zapato
no he de volver á coser,
si es que le alcanzo à ver
y allí mismo no le mato.

D. *Ped.* Bien està, le matarás.

Blas. ¿Cara á cara?

D. *Ped.* La manera
ponla tú con tal que muera.

Blas. Vamos allà.

D. Ped. Tente, Blas:
que tú lo harás, lo repito,
mas con una condicion.

Blas. ¿Cual es?

D. *Ped.* En esta ocasion
la justicia necesito.

Blas. ¿Para él?

D. Ped. Sí; cuando le prueben
que el delito cometió,
haré que á tus manos yo
sentenciado te lo lleven.
¿Lo oyes?

Blas. No lo entiendo bien
mas no os puedo resistir:
voy... y si vais à mentir
el cielo os maldiga.

D. *Ped.* Amen.

ESCENA V.

D. PEDRO.

Que le mates, eso quiero,
que quién con su rey se atreve
justo es que la muerte lleve

por mano de un zapatero.
Que le mates es la ley,
y asi aprenderá de cierto
que no hay un vivo ni un muerto
de quien tenga miedo el rey.
Alguien llega; si es amigo
de esa gente, antes de entrar
se tendrá que confesar
à solas aqui conmigo.

ESCENA VI.

D. PEDRO, D. ALBAR PEREZ DE GUZMAN.

D. *Alb.* (Esta la iglesia serà
si cuando señas me dieron
à traicion no me mintieron:
pecho al agua.)
D. *Ped.* ¿Quien va á allà?
D. *Alb.* ¡Las ánimas!
D. *Ped.* Adelante.
D. *Alb.* ¿Estais vos?
D. *Ped.* Por don Enrique.
¿Y vos?
D. *Alb.* No hay porque me esplique
sin que el misterio levante.
D. *Ped.* ¿No os dieron aquí una cita?
D. *Alb.* ¿Y aquí os citaron á vos?
D. *Ped.* Sí.
D. *Alb.* Y á mí.
D. *Ped.* Con que á los dos
aqui se nos necesita.
¿Sois Lacerda, Mahomad
ó Roma...? esperamos hoy
sus avisos.
D. *Alb.* Guzman soy.

D. *Ped.* Albar Perez? perdonad
que á conoceros al punto
no os hubiera detenido.
¿ Venis, Guzman, decidido?
D. *Alb.* A vencer ó ser difunto.
D. *Ped.* Eso si: bien elegimos:
ni un cobarde hay con nosotros,
aunque en mucho mas que à otros
por ofendido os tuvimos.
D. *Alb.* ¿Mucho sabeis?
D. *Ped.* Soy el ojo
derecho de don Samuel,
y no me recata él
ni su mas mínimo antojo.
¿Y os llegó su carta?
D. *Alb.* Sí.
D. Ped. Ya visteis lo que decia.
D. *Alb.* Y vos, pues todo os lo fia.
D. *Ped.* Como que yo la escribí.
(Fortuna fué que escribiera,
que ha ciegas le pregunté.)
Pues si mal no me enteré
ya solo por vos se espera.
D. *Alb.* Voy pues á entrar.
D. *Ped.* Aguardad,
que pues la suerte es propicia
daros quiero una noticia.
D. *Alb.* Dadmela pues, y abreviad.
D. *Ped.* (*Con intencion.*)
Vuestra muger os es fiel.
D. *Alb.* Vive Dios...!
D. *Ped.* Sé que irritado
con ella os habeis mostrado.
D. *Alb.* (*Amostazado.*)
¿Y que se le importa á él?

Si contra el rey conspirais...

D. *Ped.* Del rey hablaros pensé.

D. *Alb.* Pues id derecho, que á fe
que os juro que lo acertais.

D. *Ped.* Preso en sus lazos le tiene
doña Aldonza.

D. *Alb.* ¡Ya volveis!

D. *Ped.* Si de el vengaros quereis
hablar de ella vos conviene.

D. *Alb.* Seguid.

D. Ped. Por si torpe lengua
su limpieza calumnió,
sabed que hay quien defendió
vuestra causa.... aunque sin mengua.
Ella tiene al rey cogido;
mas solo es para ayudar
con su amor á conspirar
á su amigo y su marido.

D. *Alb.* ¿Su amigo?

D. *Ped.* Y vuestro mayor;
pues à vuestras ordenes atento,
no se separa un momento
de ella, por cumplir mejor.

D. *Alb.* ¿Por quien me tomais á mí?

D. *Ped.* Por don Albar de Guzman,
y á fé que sin mucho afan,
que vos lo habeis dicho asi.

D. *Alb.* Pues estais mal informado,
que yo no encargué à ninguno
mi muger.

D. *Ped.* Pues hay alguno
que á su cargo la ha tomado.

D. *Alb.* ¿Quién?

D. *Ped.* Don Juan de Colmenares.

D. *Alb.* Os digo que os engañais.

D. *Ped.* Nada don Albar, temais
de quien sirve en los altares.
Pero entrad que os entretengo.
D. *Alb.* (¡Aviso mas singular!)
Decidme...
D. *Ped.* ¿Quereis entrar,
que os esperan?
D. *Alb.* A eso vengo:
mas quiero una esplicacion
de eso que ahora me habeis dicho.
D. *Ped.* ¿Traeis en finjir capricho?
mas en fin teneis razon,
que delicados asuntos
son los asuntos de honor.
D. *Alb.* Quien no habla de ellos mejor
cerca está de los difuntos.
D. *Ped.* ¿Me provocais? no hay por qué,
mas si os ofendeis por esto,
don Albar, estoy dispuesto
y el caso os esplicaré.
D. *Alb.* ¿Cuando?
D. *Ped.* Mañana, que fuera
dar antes que sospechar.
D. *Alb.* A que hora y en que lugar.
D. *Ped.* En mi casa y á cualquiera.
D. *Alb.* ¿Donde morais?
D. *Ped.* De mi casa
haré que os avisen, y...
pero entrad que pese á mi
que el tiempo hablando se pasa.
(Sube D. Albar las gradas del átrio diciendo.)
D. *Alb.* (Por Cristo que me ha metido
ese hidalgo en confusion.)
D. *Ped.* *(Viéndole entrar.)*
Para una conspiracion

no hay cosa como un marido.

ESCENA VII.

DON PEDRO.

El dardo en el pecho lleva
y á fé que le ha de estorbar;
mas si le quiere tocar
la herida el mismo renueva.
(*Se echa á reir.*)
Poco hay en el otro mundo
segun se ve de provecho,
cuando un soldado ha deshecho
su plan mas sabio y profundo.
(*Despues de un momento de meditacion, con ira, marcando el carácter inconstante del rey don Pedro, dice:*)
Torres de orgullo y grandezas
necios levantando están:
mas otros levantarán
su torre con sus cabezas.

ESCENA VII.

D. PEDRO y BLAS.

D. *Ped.* ¿Cumplisteis?
Blas. Sí.
D. *Ped.* No los veo.
Blas. Pronto los tendreis aqui,
que mas me interesa á mí
mi venganza y la deseo.
D. *Ped.* Escucha Blas.
Blas. Ya os escucho.
D. Ped. ¿Serás capaz de esperar
á los muertos?

Blas. (*Con temor.*) ¿Yo?
D. *Ped.* A juzgar
por el *yó* los temes mucho.
Blas. Mas la pregunta ¿á qne asunto?
D. *Ped.* Es que te encargo en conciencia
que tengas mucha prudencia
si aparece algun difunto.
Blas. (Cómo, no puedo entender
hablar de muertos le gusta;
nada á este hombre le asusta;
mas nada le veo hacer.)
(*Uno de los conjurados aparece en el atrio, envuelto en el lienzo que le sirve de disfraz.*)
Blas. ¡Cielos!
D. *Ped.* ¿Que es eso?
Blas. (*Señalando al conjurado.*) ¡Mirad!
(*Blas cae de rodillas con la espresion del pavor mas concentrado, don Pedro vuelve el rostro con serenidad.*)

ESCENA IX.

BLAS, D. PEDRO, UN CONJURADO.

Conjur. (Rumor oí segun creo,
no vendrá mal un paseo
contra una curiosidad.)
D. Ped. Quieto, Blas, ó eres perdido.
Blas. (Tamaño valor me pasma.)
D. *Ped.* (Dejemos que la fantasma
nos diga á lo que ha venido.)
Conjur. Desventurado mortal,
que pecador descarriado
á este lugar has llegado,
¿quien eres?

D. *Ped.* Si no voy mal
poco para muerto sabes,
pues no conoces en mí
un vivo que viene aquí
por negocios harto graves.

Conjur. Eres pues....

D. *Ped.* Del otro mundo
donde ya aguardando estan
á Samuel y al de Guzman.

Conjur. (Es nuestro si bien me fundo.)
(*Vase acercando á* D. Pedro *y mirándole de arriba á bajo, estraña la capa echando menos el disfraz.*)
Que vengas de allá me alegro,
aunque es tu disfraz muy franco.

D. *Ped.* Es que tu eres muerto blanco
y yo soy un muerto negro.

Conjur. Negro ó blanco ¿á que no entrar
con nosotros?

D. *Ped.* Es que yo
soy muerto que nunca entro
donde le pueden cerrar.

Conjur. (¡Traidores hay pesia mi!)
Responda quien va ó es muerto.
(*Al acercarse á* D. *Pedro, asiendo este su daga con disimulo le da de puñaladas y va à caer fuera de la escena.*)

D. *Ped.* Quien los infiernos ha abierto
esta noche para ti.

Conjur. ¡Cielos!

Blas. Por san Blas ¿que es esto?
con los muertos arrogante
se los lleva por delante...
¿que hombre es este á Dios opuesto?
(*Vuelve* Don *Pedro limpiando la daga.*)

D. Ped. Bien muerto está el temerario.
Por Cristo que lo acertó
cuando por conspirar tomó
para envolverse un sudario.

ESCENA X.

BLAS, D. PEDRO.

D. Ped. ¡Blas!
Blas. (Miedo este hombre me da.)
D. Ped. ¿Que tiemblas? ¿esto te asombra?
ven, que un muerto es una sombra
y al ver esta cruz se và.
(*Muestra la daga.*)
Blas. (Temblando estoy de pavor.)
D. Ped. Vamos, ¿que temes, muchacho?
¿no ves como los despacho?
cálmate y cobra valor;
que aunque entre el vulgo mantienen
gran crédito los difuntos,
en viendo dos vivos juntos
nunca á amedrentarlos vienen.
Blas. Asi será, pues que veo
que con ellos os cerrais
y á estocadas los echais.
D. Ped. Que vengan muchos deseo;
y aprende á hacerlo de mi,
que muertos como el que has visto.
no merecen, voto á Cristo,
sino lo que á ese le dí;
mas vienen.
Blas. Es la justicia.
D. Ped. Blas, silencio y confianza,
no malogres tu venganza
por ceguedad ó impericia.
Aqui tu venganza empieza

y si sagaz me ayudares
lograràs de Colmenares
por lo menos la cabeza.

Blas. Mas...

D. Ped. Silencio ya lo ves;
tu de mi poder testigo.
eres, con que sé mi amigo
que te alegrarás despues.

Blas. (Todo es misterios este hombre;
mas pues me halaga y me ayuda,
tendré la lengua tan muda
como su brazo y su nombre.)

ESCENA XI.

D. PEDRO, BLAS, *la justicia.*

D. *Ped.* Mas vale nunca que tarde;
(*Con autoridad.*)
que la justicia y la uncion
matan con detencion.

Justic. ¿Quien se atreve?

D. Ped. Dios le guarde.

Justic. ¿Para esto llamais la ronda?

D. Ped. Callad.

Justic. ¿Quien manda callar?

D. *Ped.* (*Le dice al oido.*)
Quien puede haceros ahorcar
aunque la faz os esconda.

(*Bajo à los de la ronda, le oyen todos menos Blas.*)

Esta noche han muerto aqui
á Perez el zapatero;
aqui al agresor espero,
y el cadáver està allí.
En su casa os esconded,

y cuando mi voz oigais
al que en la calle veais
sin mas respeto prended.
Y... para todos lo digo,
ni el reo ni el tribunal
han de saber voto á tal,
que habeis topado conmigo.
Imparcial que sea quiero
del agresor la sentencia,
que tan hombre es en conciencia
como el rey el zapatero,
con que á dentro.
(*Al entrar los detiene.*)
¡Eh! y escuchad;
con el muerto està su hija,
nadie importuno la aflija
por gracia ó curiosidad;
y cuenta que por torpeza
ó por malicia, espiar
ose alguno este lugar,
porque pierde la cabeza.
(*Entran y don Pedro les cierra puerta y postigo.*)

ESCENA XII.

D. PEDRO Y BLAS, *que no debe haber comprendido la escena anterior que pasa entre don Pedro y la ronda.*

Blas. ¿Que van á hacer en mi casa?
no veis que mi padre está...
D. *Ped.* Todo lo he previsto ya:
tu atiende á lo que aqui pasa.
Tal vez volveràn los muertos,
entre ellos viene sin duda

Colmenares.

Blas. ¡Dios me acuda!

D. *Ped.* Y tenga tus desaciertos;
aunque le veas venir
estate quieto á mi lado.

Blas. Eso no, no señor soldado,
si le veo ha de morir.

D. *Ped.* Pues deja que pasen todos,
que con tantos atreverte
fuera correr á la muerte.

Blas. Lo haré asi.

D. *Ped.* De todos modos llegó
tu venganza, Blas:
mas que en ninguna ocasion
divulgue tu irreflexion
lo que esta noche á ver vas.

ESCENA XIII.

D. PEDRO Y BLAS *se apartan á un lado*, SAMUEL, D. JUAN, D. ALBAR, ROBLEDO CONJURADOS *&c.*

D. *Jua.* Con que no olvidar, señores,
que nuestras dias son tres,
el santo y la seña es
ánimas y embajadores;
entretanto con el moro
que se aviste cada cual,
y no le irá á nadie mal
ni por armas, ni por oro.
(Vanse muchos.)

ESCENA XIV.

D. PEDRO, BLAS, SAMUEL, D. JUAN, D. ALBAR, DOÑA ALDONZA, ROBLEDO &c.

D. *Jua.* Ahora bien, hecho lo hecho
este lugar se abandona;
Enrique tendra corona
y nosotros gran provecho.
Aldon. Adios, don Juan.
Samuel. Dios os guarde.
D. *Alb.* (*A Samuel.*) El os ayude, Samuel.
Robled. ¿Os quedais?
Samuel. Tengo con él
que hablar.
D. *Jua.* Pues decid, que es tarde.

ESCENA XV.

SAMUEL, D. JUAN.—BLAS Y D. PEDRO.

Samuel. Don Juan, la quereis aun?
D. *Jua.* ¿Pues en que mudanza ha habido?
Samuel. ¿No es don Albar su marido?
D. *Jua.* ¿Y el peligro no es comun?
Samuel. Pero....
D. Jua. No hay en este lance
averías de fortuna?
pues no ha de faltar alguna
que si me estorba le alcance.
Mas lo que hablarme teniais....
Samuel. A eso voy: pues sois tan rico
como yo...
D. *Jua.* ¿Que?
Samuel. ¿No me esplico?
en repartir bien hariais

los gastos entre los dos.

D. *Jua.* Vuestra avaricia redobla,
Samuel, y por cada dobla
llorais un cántaro vos.

Samuel. Ya veis... tantos adelantos
y tan exhausta la caja.

D. *Jua.* Ya se os hará rebaja,
que por ahora no son tantos;
mas cuenta con que el dinero
mucho os duela; tirad de él,
que en este caso, Samuel,
la cabeza es lo primero.

Samuel. Fio en vos.

D. *Jua.* Y sabeis bien,
que por tal parcialidad
os ofrece Mahomad
medio reino de Jaen.

Samuel. En el moro al fin tendré
quien me ayude en un azar,
(y un escondido lugar
donde el tesoro pondré.)
Buenas noches.

D. Jua. Id con Dios.

ESCENA XVI.

D. PEDRO, BLAS, D. JUAN: *despues la justicia.*

D. *Jua.* Ambiciosos miserables,
cuyas manos insaciables
van siempre del oro en pos.
Vete en paz hoy y atesora,
que yo te haré levantar
con trés palos un altar
donde te llegue tu hora.

Mira á la casa del zapatero y dice mar-

chándose.)

Su infortunio me hace duelo;
mas él se empeñó en morir,
y entre los dos á elegir
quiso lo mejor el cielo.

D. Ped. *(A Blas.)* Ahora tu.

(Blas se arroja sobre don Juan, y mientras este se defiende y la justicia los separa, sin que don Juan vea de donde salen, dice don Pedro.)

D. Ped. ¡Favor al rey!

D. Jua. ¡Viven los cielos, villano!

Blas. ¿Y mi padre?

Justic. Echadle mano.

D. Jua. ¿Que es esto?

Justic. Ayuda á la ley.

Blas. Ese á mi padre mató.

D. Jua. ¿Cómo? ¡infame!

Justic. Basta ya,
que ese hombre acusado está.

D. Jua. ¡Viles, asesino yo!

Blas. Y aun niega... dejadme á mi:
ese hombre muerte merece;
dádmele, me pertenece,
yo soy el verdugo aqui.

(Blas separado de don Juan forcejea por llegar á él. Llevan á don Juan por el lado opuesto á la casa de Diego Perez, y don Pedro coge á Blas por el brazo, cuando todos vuelven la espalda.)

Justic. *(A Blas.)*
Ea, atrás tú.... y venid vos. *(A D. Juan.)*

D. Jua. Inocente...

Justic. Sí sereis;

pero allá se lo direis
á los jueces.

D. *Jua.* Sí por Dios.

D. *Ped.* (*A Blas.*) Ven aqui y en mi te fia.

ESCENA XVII.

D. PEDRO, BLAS.

Blas. Ved que me habeis prometido...

D. Ped. Que del crimen convencido
en tus manos le pondria.
Pues bien, pasado mañana
te avisaran de un lugar
donde has de ir á consultar
sobre la justicia humana.

Blas. ¿Que me importa...?

D. Ped. (*Dale un bolsillo.*) Calla y ten.
Con esto el entierro harás
de tu padre y de *ese,* Blas:
(*Señalando el sitio donde cayó el conjurado à quien mató don Pedro.*)
y callando te irà bien.

Blas. De sus ojos tengo miedo;
por mas que al orgullo acudo
me apura, me opongo, dudo;
mas resistirle no puedo.

(*Entrá en su càsa empujado ligeramente por don Pedro.*)

ESCENA XVIII.

D. PEDRO.

Bien: nada don Juan sabrá,
nada los jueces tampoco,
y ese pensamiento loco

adelante seguirá.

(*Se echa á reir, y dice yéndose y frotándose las manos con muestras de satisfaccion.*)

Y es justo que en horca acaben
y al vulgo den que reir
muertos que aun han de morir
y que la hora no saben.

ACTO TERCERO.

PERSOMAS.

DON PEDRO.
D. JUAN DE COLMENARES.
SAMUEL LEVI.
BLAS PEREZ.
D. JUAN ROBLEDO.
DOÑA ALDONZA CORONEL.
TERESA PEREZ.
UN EMBAJADOR DEL REY DE GRANADA.
DON DIEGO GARCIA DE PADILLA.
JUAN.
2 BALLESTEROS DE LA GUARDIA DEL REY.

Gabinete oriental en casa de Samuel Levi destinado al embajador del rey Bermejo. Puerta en el fondo y secretas á los lados, mesa con tapete de grana, cogines &c. Luz artificial.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ALDONZA CORONEL. D. JUAN DE COLMENARES.

Ald. Imposible, don Juan; dirán si quieren
que por capricho mugeril os quise,
mas no penseis que mi decoro hollando
asi el blason de los Guzmanes pise.
Mucho os amé y amo todavia,
que negaroslo aun fuera locura,
mas seguiros liviana; Colmenares,
tinta es su sangre....

D. J. Basta; estad segura
que os comprendo muy bien: enhorabuena,
trocar por un mal rey un buen marido,
que merecia os pareció la pena;

mas quien señora en un palacio ha sido
vivir no debe en opulenta casa,
que de hidalgo solar al fin no pasa.

Ald. Me tentais demasiado la paciencia,
señor don Juan, tened estos dicterios,
porque pican pardiez en insolencia;
quien al rey escuchó fue mi venganza;
mató à mi padre y vive en mi memoria.

D. J. ¿Que diablos? ¿por tan poco una pendencia
quereis armar? no somos hoy tan niños.
que no alcancemos ya la tecnológia
y el sistema de amores y cariños.

Ald. Teneis, don Juan, un alma depravada,
incapaz de sentir, é indiferente
dispuesto estais con sátira insolente
á reir de la cosa mas sagrada.

D. J. ¿Pues que quereis? ¿que á fuer de caballero
que errante corre à caza de aventuras,
abra un palenque á voz de pregonero
y haga hastillas por vos un par de lanzas
ganoso de cosecha de esperanzas?
No es mi propuesta tan dificil cosa;
en cualquier asonada repentina,
muere á manos de turba codiciosa
el patriota mejor tras de una esquina.

Ald. Basta ya, por mi vida, Colmenares.
Si la lengua arrostré del populacho,
del rey don Pedro por vengarme ansiosa
vengo á mi padre y moriré gozosa;
todo el mundo verá por mas que os pese
que el corazon del rey no pretendia
quien aguardando la ocasion, sedienta
bebió la sangre que en su pecho habia.

D. J. (*Con sarcasmo.*)
Y embozando su amor con su venganza

supo astuta volver à su marido
celebrando su triunfo esclarecido;
y este de su conducta satisfecho,
cuando vos le digais *vengué á mi padre*,
responderá tranquilo *bien has hecho*.

Ald. Mucho os mofais, D. Juan de su desgracia,
y á su enojo mostrais muy poco miedo
cuando sabeis que recordaros puedo
que no hablasteis con él con tanta audacia.

D. J. ¿Y por tan bueno me teneis, señora
que me lanzara á provocarle necio,
cuando al fin de la fiesta no seria
sino del vulgo fábula y desprecio?
Convengamos al fin en que por suerte
bien entrambos á dos nos conocemos,
y pues ambos á dos nos descubrimos,
nada por fin entrambos nos debemos.
Mas es tiempo de obrar: quede aqui todo
y pues ambos un fin nos proponemos,
justo es que cada cual llegue á su modo.

ESCENA II.

DICHOS, SAMUEL Y EL EMBAJADOR *por el fondo*.

Sam. ¡Gracias á Dios!
D. J. Él nos ayude amigos.
Emb. Grave susto nos disteis, Colmenares.
D. J. (*Frívolamente.*)
Los cielos ¡vive Dios! me son testigos
de que mas de una vez me dí por muerto,
y de todos el fin tuve por cierto.
El oro derramé con manos llenas
por penetrar el laberinto oscuro
de las dudas que entonces me acosaban,
todos los cargos vi que se me hacian,

y todos de asesino me culpaban,
mas nada á fé de conspirar decian.

Sam. Mas los jueces...

D.J. Asaz interesados
fallaron mi sentencia
conforme á su interés, no á su conciencia

Sam. (*Con satisfaccion.*)
La noticia indecisos esperamos,
mas cuando esta mañana la supimos
nos reimos, don Juan, y respiramos.

D. J. El caso es muy donoso ciertamente,
no se ha visto sentencia mas graciosa;
mas pasemos, señores, á otra cosa;
no hay mas que hablar,
con nuestro plan seguimos.

Sam. ¿Y el rey?

D.J. ¡Oh! mas que nunca confiado
hoy mismo con su mesa me ha brindado;
mas yo no se bien, ó me alucino mucho,
que esplendido banquete le preparo
que ha de costarle porquien soy bien caro.

Emb. Abreviemos, si os place de razones.

Sam. Sí, obremos de una vez, que no tenemos
à ciento ya á escoger las ocasiones.

D. J. Teneis razon, amigos empecemos.
¿Los de Aragon?... (*A doña Aldonza*)

Ald. En la ciudad entraron;
Guzman con ellos la señal espera,
y aqui vendrà si la ocasion le ayuda
favorecido por la sombra muda.

Emb. Mañana nos dará publica audiencia
el rey en el alcazar.

D.J. (*Al embajador.*)
Ese tiempo le da nuestra sentencia;
ea pues, ya sabeis cuanto hace el caso;

emprended del oraculo la farsa,
que entre la turba de cristianos locos
que por mentiras os darán dineros,
entraràn de los nuestros unos pocos;
no me los confundais con la compa,rsa.
(A doña Aldonza con galanteria.)
Dadme el brazo, señora,
si aun alcanzo à serviros de escudero.
Ald. Pues no podeis ya ser mi caballero,
lá última vez tomadle por ahora.

ESCENA III.

SAMUEL, EL EMBAJADOR.

Sam. Dejemos à esos necios embriagados
en sus ciegas y torpes vanidades.
Emb. Hablad de don Enrique.
Sam. Ya consiente
en dar à Mahomad estas ciudades
que le pide, tal vez muy exijente;
pero es justo sin duda
que pague cara su eficaz ayuda.
Emb. ¿Dará, pues, los poderes necesarios?
Sam. No, pero pues tan varios
sucesos prestarán mil ocasiones
de ellas, se quitarán las guarniciones,
y con faz de sorpresa
tomareis lo que os toque de la presa.
Emb. Quedarà, pues, Castilla
reducida à un pedazo de terreno...
Sam. Si, donde ondule el pabellon ageno.
Emb. Permitid que os replique,
Samuel, puesto que tanto os interesa,
segun se vé su causa,
¿porqué aqui no os quedais con D. Enrique?

Sam. No mas reyes que pobres y altaneros
nos adulan menguando su grandeza
y nos pagan despues crueles y fieros
dando á su pueblo ruin nuestra cabeza.
Mi ciencia, mis consejos, mi tesoro
desde hoy ofrezco si los quiere al moro.
Emb. Ya veis lo que os escribe
mi rey, y claro està que os los recibe.
Sam. Llevad á cabo, pues, lo comenzado.
Emb. ¿Habeis ya á nuestras gentes avisado?
Sam. Hoy avisados fueron:
mis amigos y fieles servidores
por el vulgo las nuevas esparcieron
de que el muy sabio embajador que cura
del ànimo y del cuerpo los dolores,
á admitir se dispone sus visítas,
y ya el crédulo vulgo se apresura
á consultar al mago
en el silencio de la noche oscura.
Emb. Está bien; á los gefes instruidlos
del ridiculo oráculo:
lo que importe decidlos,
yo al vulgo engañarè.
Sam. Y poned cuidado,
vendrá larga caterva de importunos
y de necias muchachas engañadas,
tras de esperanzas mentirosas unos,
tras de ventura y predicciones otros,
pero vendrán entre ellos
las ánimas, que esperan de nosotros,
no plegarias mentidas ni oraciones,
sino armas afiladas,
el oro y las secretas instrucciones
que le serán por vuestro labio dadas.
Emb. Presto, pues, el oráculo empecemos:

á los nuestros daremos lo que importa,
y al vulgo sin razon le mentiremos.

ESCENA IV.

SAMUEL Y EL EMBAJADOR *salen por la derecha: aparecen en seguida por una puerta falsa de la izquierda* D. PEDRO, *con* D. DIEGO GARCIA DE PADILLA Y 2 BALLESTEROS DE SU GUARDIA.

D. *Ped.* ¡Aqui lebreles, y alerta!
á la primera señal
le echais al cuello un dogal
y le ahorcais en esa puerta.
Padill. Ved que es ese hombre, señor,
embajador de Granada.
D. *Ped.* ¿No acuso, pues, la embajada
si cuelgo al embajador?
(*Padillá y los ballesteros se retiran; D. Pedro va á ocultarse tras de la puerta que abrió Sàmuel al salir y cuya hoja cae sobre la pared.*)
D. *Ped.* Yo cazo por aficion
ya un insecto, ya una fiera;
pues hallo esta ratonera,
cazemos este raton.

ESCENA V.

(*Vuelve el moro y al cerrar la puerta se halla cara à cara con* D. PEDRO, *que echa mano à la llave y quedan un momento en silencio miràndose uno à otro.*)

D. *Ped.* Buenas noches nos dé Dios.
Emb. (¿Por donde ha entrado ese hombre?)
D. *Ped.* Nada hay aqui que os asombre.
Emb. ¿Sois?

D. Ped. Un hombre como vos.
Emb. ¿De la casa?
D. Ped. Justamente.
Emb. ¿Amigo de don Samuel?
D. Ped. Mucho.
Emb. ¿Y por mandato de él
venis á mí?
D. Ped. Cabalmente.
Emb. Pero en mi mente no cabe...
sin tropezaros en mí,
¿como habeis entrado aqui?
D. Ped. Por el ojo de la llave.
Emb. ¿Qué es esto, venís de mofa?
D. Ped. ¿Unos muertos no esperais?
que se aparezcan dudais,
pues, las gentes de esta estofa...
Emb. ¡Como!
D. Ped. ¿No oisteis decir
que un muerto espíritu es
y no necesita pies
ni por donde, para ir
ni venir?
Emb. Mas no comprendo
por Alá.
D. Ped. Tened paciencia;
yo os esplicaré mi ciencia,
y ya lo ireis comprendiendo.
(*Tiéndese don Pedro en un almohadon, y sigue diciendo en tono burlon.*)
Hay sabios tan pobrecitos
que tras cualquier embustero,
se van hácia el matadero
dóciles como cabritos.
Hay muertos tan infelices
que á pocas apariciones,

à tumbos y á tropezones
dan en tierra de narices:
y hay astrólogos tan rudos
tan menguados adivinos,
que en lo que hace á sus destinos
sus oróscopos son mudos.

(Hace el moro un movimiento de resistencia.)

No resistais, vota á tal,
que vengo muy bien armado.
y cogiendoos descuidado
el combate no es igual.
Que sois he oido decir
un mago mas que mediano:
tomad; aqui está mi mano

(Tiende la mano armada con guantelete.)

decidme mi porvenir.

Emb. (Disimulemos par diez
quien es hasta decifrar.)
Aunque era justo negar
respuesta á tanta altivez,
porque no cede la ciencia
á la fuerza ó la amenaza,
os disimulo la traza
de tan rápida exigencia.

D. *Ped.* Ved que tambien adivino
soy, y à mi vez os diré
poco ó mucho lo que sé,
que os guarda vuestro destino.

Emb. Entonces esta molestia
nos podemos escusar.

D. *Ped.* (Aun voy con el à cerrar
como quien caza una bestia.)
¿Con que no sabeis decir
ni mirando á lo pasado,
lo que ha sido de un soldado,

ni cual es su porvenir?

Emb. (Dudando estoy.)

D. *Ped.* Bien està;
pues reservado os guardais,
fuerza es que de vos oigais
lo que fué y lo que será.
Vos fuisteis Marcos Martin,
que en sus traidores afanes
servisteis á los Guzmanes,
y les vendisteis por fin.
La razon os la diré;
cuando un bastardo ser quiso
rey de Castilla, preciso
buscar un veneno fué.

Emb. ¡Cielos!

D. Ped. Le aprontasteis vos.
Descubierto, con el oro
que hurtasteis, fuisteis al moro
y renegasteis de Dios.
Ayudando al rey Bermejo
en Granada á conspirar,
cuando rey se hizo llamar
os hizo de su consejo.
(*Un momento de pausa.*)
Te he dicho, Marcos Martin,
lo que ha sido tu pasado;
atiende ahora con cuidado.
que voy á hablar de tu fin.
O con la mia se acuerda
tu voluntad desde hoy;
ó te juro por quien soy
que bailas en una cuerda,

Emb. (Rendirse sin pelear
fuera locura estremada.)

D. *Ped.* (*Con altivez.*) ¿Que dices?

Emb. No digo nada.

¿eso es negar ú otorgar?
(*Arrancando con indignacion.*)
¿Por quien me tomais á mi,
mortal miserable y necio,
que vienen á poner a precio
mis pareceres aqui?
¡Necio de mi, si mi ciencia
quien sois no me revelara!

D. Ped. ¿Y es perspicacia tan rara
de tu ciencia ó tu conciencia?

Emb. Vos criado entre traidores
traiciones do quier soñais,
de las estrellas dudais,
de sabios y de doctores.
(*Con tono de inspiracion.* D. Pedro *tremulo de ira.*)
Yo vine de mi señor,
con mi ciencia poderosa,
de vuestra nacion leprosa,
médico y embajador.
¿Y de una historia indecente
me haceis el protagonista?

D. *Ped.* (*Levantàndose dando una patada en el suelo.*)
¡Nuestra Señora me asista,
y aun hablará el insolente!
Escucha, sabio doctor
y embajador compasivo,
voy á desollarte vivo
y á mandarte á tu señor.
¿Piensas que tengo tan flaca
la memoria, ó tan menguado
el enojo, que irritado
mi cólera el tiempo aplaca?
Siervo apóstata, asesino

mal comprado, vil ladron,
¿piensas que es tu salvacion
ese disfraz de adivino?
Despoja de esos trebejos.
(*Arráncale de un tiron la capellina que le cubre todo.*)
¡Padilla!

ESCENA VI.

PADILLA Y DOS BALLESTEROS *aparecen á la voz de* D. PEDRO: *mientras* MARCOS *no acierta à volver de su asombro, le asen, le despojan del turbante y demas útiles que han de servir para el disfraz de don* Pedro, *y le llevan.*

DON PEDRO.

A ese embajador
servirás de confesor;
guárdale bien y no lejos.

ESCENA VII.

DON PEDRO.

¡Darán al mozo un juguete
y alguna presa al leon!
Por Dios que de diversion
servirán al mozalvete.
(*Hace lo que va diciendo.*)
Cálome esta mantellina,
coloco la luz de modo
que en sombra quede yo todo,
mientra el resto se ilumina.
Abro, me cubro, me siento;
y á adivinar me preparo;
à fé mia que muy caro

pagan mi entretenimiento.

ESCENA VIII.

D. PEDRO, BLAS.

Blas. Este es sin duda el doctor.
D. *Ped.* ¿Quien va?
Blas. Blas Perez.
D. *Ped.* (¡Por Cristo
que está al reclamo bien listo!)
Diga pues.
Blas. (Dame pavor
tan meláncolíca estancia.)
Es el caso... yo... (no sé
como empezar.)
D. *Ped.* (Siempre fue
tan cobarde la ignorancia.)
¿En fin, qué quiere de mi
Blas Perez?
Blas. Venganza quiero.
D. *Ped.* ¿Y de quien?
Blas. De vos la espero,
pues me encaminan aquí
D. *Ped.* ¿Y que es ello?
Blas. Ello es señor
que hace tres noches en una
lluviosa y negra, oportuna
para el cobarde y traidor,
mi padre...
D. *Ped.* (*Interrumpiendole.*) Bien, le mataron.
Blas. Sí, murió á manos de un hombre...
D. *Ped.* Colmenares, se su nombre...
Blas. ¿El hecho pues os contaron?
D. *Ped.* ¿Que es mi saber en esencia
si lo pasado no acierto?

Blas. (Si le habràn dicho que ha muerto
los hombres y no su ciencia!)
D. *Ped.* Sea como quiera, adelante
un soldado te ayudó,
y por él la ronda dió,
tras de ese hombre en el instante.
A el te arrojaste audaz,
mas te detuvo el soldado.
que aun no era el tiempo llegado
para tal temeridad.
Blas. Todo lo sabeis sin duda
y puesto que á vos me envian,
está claro que sabian
que me podeis dar ayuda.
D. *Ped.* ¿No te la diò el tribunal?
Blas. *(Con desprecio.)*
Si Dios otra vez naciera,
y entre sus uñas cayera.
pasaralo á fé muy mal.
D. *Ped.* ¿No hay pues justicia en Sevilla?
Blas. Fue mi padre zapatero.
D. *Ped.* ¿Quien en la ley es primero?
Blas. Los mas ricos en Castilla.
D. Ped. Mire el mozuelo insolente
lo que dice antes de hablar,
Blas. Ved si me habeis de vengar
ó me vuelvo.
D.Ped. Blas detente;
¿tan mal te trató la ley
que asi dicidido estás?
Blas. Y no me volviera atrás
aunque atropellase al rey.
¡Oh mataré á Colmenares
donde quiera que halle espacio.
en la calle, ó en palacio

aun á los pies de los altares.

D. Ped. ¡Impio!

Blas. Seré imparcial,
obrarè con mi enemigo
como el tribunal conmigo.

D. Ped. ¿Pues como obró el tribunal?

Blas. Que, no lo sabeis señor?
el tribunal por su oro
le priva un año del coro,
que en vez de pena es favor.

D. Ped. ¿Eso mas?

Blas. Con que es decir,
que al cabo por buena cuenta,
cobra como antes su renta,
al coro sin asistir.
Ved pues, si tengo razon;
y si vuestra ciencia alcanza
á mi padre á dar venganza,
buscad presto la ocasion.

D. Ped. (Fuego de Dios en el mozo
y que derecho se vá
á su asunto.) Bien está.
concédote sin rebozo
la razon, pues es tan clara;
y pues por venganza vienes,
¿á que te ponga te avienes
al matador cara á cara?

Blas. ¿Que si me avengo? ¡si á fé!

D. Ped. Mañana á palacio irás,
con esto paso te harás (*Dale una seña.*)
hasta donde alguien esté
que te ponga en la ocasion.

Blas. ¡Yo á palacio! fuera yerro,
me echarán de él como á un perro
al saber mi condicion.

D. *Ped.* Si á tu padre has de vengàr
tal orden has de cumplir.
B*las.* Con esto á palacio he de ir....
¿y que falta me hace entrar?
D. Ped. Obedece á tu destino,
que asi dispone que muera,
porque si le matas fuera
te ahorcarán por asesino.
B*las.* Vos quereisme hacer el bú,
y puede ser.... ¡vive el cielo!
D. *Ped.* Obedece, rapazuelo,
á quien sabe mas que tú.
(D. P*edro se levanta y le pregunta con imperio.*)
¿Diste à Diego sepultura?
Blas. Se la dì.
D. P*ed.* ¿Y al otro?
Blas. (*Asombrado.*) ¡Cómo!
sabeis tambien!...
D. P*ed.* Pies de plomo
necesita esta aventura;
tenlos y no olvides, Blas,
que quien con muertos pelea,
es muy posible que lea
tus pensamientos y mas.
¿Con la bolsa del soldado
enterraste á los dos?
B*las.* La misma noche. (Por Dios,
que esto no se lo han contado.)
D. P*ed.* ¿Hablarán los que lo hicieron?
B*las.* Su oficio es solo enterrar.
D. *Ped.* La lengua pues se han de atar
ó sepultura se abrieron;
mañana á palacio.
B*las.* Iré.

D. *Ped.* ¿Me tienes mas que decir?
Blas. Nada mas.
D. *Ped.* Te puedes ir
y hasta mañana.
Blas. Os veré?
D. *Ped.* ¿No te prometió el soldado
darte á Colmenares?
Blas. Sí.
D. *Ped.* Pues lo que él promete, á mi
cumplir me está encomendado.
(*Al despedirle.*)
Y creé, Blas, al adivino;
quien los misterios no calla
de este cuarto, por él halla
del otro mundo el camino.
Blas. (Seguiré á fe su consejo
que todo este hombre lo sabe,
y el negocio es harto gravo,
pues que se arriesga el pellejo.)
D. *Ped.* ¿Que aguarda?
Blas. Yo mas quisiera
preguntar... mas tengo miedo.
D. *Ped.* Vete, que en vengarte quedo.
Blas. Mas decid...
D. *Ped.* Vayase fuera.

ESCENA X.

D. PEDRO.

Mató á Perez Colmenares
y el crimen pagando en oro,
privanle un año del coro...
¡y matan á otros pelgares
por robar un alfiler!
Bien... ¿La justicia atropella

mi justicia? haré con ella
lo que ella acostumbra ha hacer.
Alguien llega. ¿Quien va allà?
(Vuelve á colocarse como al principio á la sombra de la làmpara.)

ESCENA X.

D. PEDRO. ROBLEDO.

Robled. Animas y embajadores.
D. Ped. *(Aqui empiezan los traidores.)*
¿Está todo?
Robled. Todo ya.
solo falta repartir
el oro que ha de pagar,
las brazos que han de lidiar,
y armas que han de reñir.
D. Ped. Tomad, en ese bolson
lo necesario teneis;
las armas encontrareis
en San Benito.
Robled. ¿No son
los monges del rey amigos?
D. Ped. Que eso crean es muy bueno,
que asi estarà el rey ageno
de haberlos por enemigos.
Robled. Eso si, podeis fijar
seña y hora.
D. Ped. Con prudencia
meted gentes à la audiencia
que mañana me han de dar.
Robled. Luego mañana...
D. Ped. Asi es:
al oir el esquilon

sable en mano y al salon.

Robled. Alli muere á nuestros pies.

D. *Ped.* ¿Quén parecer le ha pedido?

Robled. ¿A un mismo fin coligados,
no estamos todos?

D. *Ped.* ¿Pagados
no habeis vosotros venido?

Robled. La canalla sí, yo no.

D. *Ped.* ¿Qué prendas derecho os dan
á ser mas? ¿en donde estan
las gentes que pagais?

Robled. ¿Yo?
soldado valiente soy,
que arriesgo en esta partida,
si no mis doblas mi vida.

D. *Ped.* Por canalla pues os doy,
que eso arriesga la canalla
cuando á los palacios osa,
y es que no tiene otra cosa
que perder en la batalla.

Robled. ¡Vive Dios!

D. *Ped.* Calle y va bien,
que pues en esta querella
arriesga él tanto como ella,
canalla será tambien.

Robled. Hombre soy...

D. Ped. ¡Por Satanás,
he aquí lo que son soldados!
beben y riñen osados
y no sirven para mas.
Robledo, llevate ese oro;
las armas en san Benito,
y mañana al primer grito
en el salon junto al moro.

Robled. ¿Pensais pues, herege vil,

que muchachos de una escuela
nos llevais tan sin cautela
como ovejas al redil?
Iguales hemos de ser,
pues lidiamos por igual;
ó vais á pasarlo mal,
por vida de Lucifer,
que no faltará quien roto
algun cabo de la rueda;
romper el círculo pueda...

D. *Ped.* (Si habla mucho le acogoto.)
Digoos que ireis á palacio
con vuestra gente pagada,
y á la primer campanada,
fuego; y no os andeis reacio,
porque paga vuestro cuello.

Robled. Pues bien.

(D. *Pedroimpaciente se levanta y abandonando la mesa, tras de la que ha estado oculto su cuerpo toda la escena, vase hácia Robledo, mostrando por debajo de la capellina morisca, que le està corta, las piernas armadas de acicates y mallas, à usanza de los caballeros cristianos.*)

D. *Ped.* Eh, largo de aqui.

Robled. (*Mirándole á los pies.*)
¡Santo Dios! ¿calzan asi
los moros?

D. *Ped.* (Topó con ello.)

(*Llévale don* Pedro *á la fuerza hasta la puerta y dícele con voz siniestra.*)

D. *Ped.* Dicen que es por las pezuñas
facil con el diablo dar.
(*Muestrale un pie.*)
¡Ay si llegais á contar
que le habeis visto las uñas!

(Le enseña una mano armada de guantalete y cierra la puerta dejàndole fuera.)

ESCENA XI.

D. PEDRO.

Si le digo al fin quíen soy
á darle muerte me obligo;
mas si quien soy no le digo,
todo lo descubre hoy.
¡Oh, harále prudente el miedo
¡Padilla!

ESCENA XII.

D. PEDRO, PADILLA.

D. Ped. Si á San Benito
no va, por Cristo bendito
que me prendais á Robledo.
Padilla. Han de recelar, señor,
los demas de esa medida.
D. Ped. Pues prometele la vida.
Padilla. Dineros fueran mejor,
que tal vez desesperado,
si alcanza que ha de morir,
se negará á consentir,
á su partido obligado.
D. Ped. Entonces poco me importa;
si se niega le ahorcarás,
tras él á los demas.
Así es la funcion mas corta.
Padilla. Si permitis que os pregunte
sin desacato, señor,
¿no era eso mucho mejor?
D. Ped. Mil gracias por el apunte.

Padilla. Si os ofendí, perdonad.
D. *Ped.* ¿No sabeis que ellos decian
que al leon entretendrian?
¿no se entretiene en verdad?
Dúrale la diversion
mientra el hambre no le apura;
esto es, el juguete dura
mientras harto está el leon.
Padilla. Pero advertidos de cierto
tarde ó temprano...
D. *Ped.* Ya basta
Padilla; mientras se gasta
mi juguete me divierto.
Padilla. Mas no perdais la ocasion
por un infantil capricho.
D. *Ped.* Me divierto, y está dicho,
darles quiero una leccion.
Ya visteis el vulgo necio
que se agolpaba al umbral
¿no merece voto á tal,
mi burla con mi desprecio?
En pos viene del oráculo
de un decantado adivino,
y le usurpa este asesino
de la ciencia el tabernáculo.
Contra su rey conjurados
porque igual premia y castiga
en larga y secreta liga,
su alcázar miman osados.
Al vulgo insensato admiran,
y á pretesto de arte magico,
à un fin mas sangriento y tragico.
con sus misterios conspiran.
Ahora bien; pues cazadores
sin tiento cuadrilla loca

de una cueva hasta la boca
siguen al leon vencedores,
de sus peñas al abrigo
saldrá el leon de repente.

Padilla. Mucho ese dicho insolente
os picó.

D. Péd. Padilla amigo,
confiésolo: pues me obligas;
los tigres, los elefantes
provocan al leon pujantes,
mas le insultan las hormigas.
¡Oh! pues astuto y mañero
todas por fin las junté;
mañana las pisaré
al cegar el hormiguero!

(*Padilla se retira à una seña de don* Pedro.)

ESCENA XIII.

D. PEDRO *vuelve á colocarse tras de la mesa; como antes, y sale* TERESA *con manto que le cubra el rostro.*

Teresa. ¿Sois vos el sabió doctor
que duelos del alma cura?

D. Ped. No es mi ciencia tan segura
que alcance á todo dolor.
¿quien sois?

Teresa. Soy una muger
pobre triste y desvalida,
á este lugar impelida
por sus cuitas.

D. *Ped.* Puede ser
que contenta no salgais,
pues siendo tan desdichada
la verdad no será nada

propicia. ¿Como os llamais?

Teresa. Mi nombre ¿que importa aqui?
sé que obedece la ciencia
con lisonja á la opulencia,
mas yo del vulgo nací.
(*Deja en la mesa una moneda*)
Sin embargo, esto es; señor,
cuanto un pobre os puede dar;
ved si esto puede comprar
vuestra ciencia,

D. *Ped.* No es valor
que se pague con dinero:
guardaos esto; decid
lo que quereis, y advertid
que en todo ayudaros quiero.

Teresa. Dos cosas que consultar
tengo.

D. *Ped.* Decid la primera,

Teresa. Saber en donde, quisiera,
á un soldado podre hallar.

D. *Ped.* La segunda.

Teresa. El nombre oir
del traidor que hace tres dias
mató a mi padre.

D. *Ped.* ¿Teniais
antes del padre morir
sospecha de azar tan duro?

Teresa. Si lo hubiera sospechado,
señor, lo hubiera salvado.

D. *Ped,* (¿ Es ella? aun no estoy seguro.)
¿Murió tu padre en la calle?

Teresa. Sí señor.

D. *Ped.* ¿A puñaladas?

Teresa. Sí Señor.

D. *Ped.* ¿Eran pasadas

las ánimas al matalle?

Teresá. Sí señor.

D. *Ped.* ¿De ello testigo
fue ese soldado á quien vas
buscando?

Teresa. Asi fue.

D. *Ped.* Quizás
le amaste?

Teresa. Mostróse amigo
de mi padre y...

D. *Ped.* Dí á tu hermano
que aquel que mañana vea.
que en la audiencia real pasea.
departiendo mano à mano
con el rey, ese es el hombre...
y en cuanto á este otro soldado
à quien buscas, ha mudado
trage, condicion y nombre.

Teresa. ¿Pero verle no podré?

D.Ped. Y si el que buscas no es ya,
¿de que hallarle te valdrá?

Teresa. Mis cuitas le contaré:
las fiaré á su cuidado,
y amante ó compadecido.
valiente se que ha nacido,
y obrará como soldado.

D. *Ped.* Mucha fé tienes en él.

Teresa. Le amo, y vengaráme al cabo
que le llaman Pedro el Bravo.

D. Ped. Y tambien Pedro el Cruel.

Teresa. No será entre las mugeres
donde use nombre tan fiero.

D. *Ped.* ¿Tanto le quieres?

Teresa. Le quiero.

D. *Ped.* Pues, Teresa, no le esperes

Pedro es un valiente, sí,
te vengará por que es justo:
mas aunque oirlo sea susto:
no es ya Pedro para tí.

Teresa. Razon no alcanzo, señor.

D. *Ped.* Hay entrambos largo trecho
y es un mal que ya està echo.

Teresa. Todo lo iguala el amor.

D. *Ped.* ¡Imposible!

Teresa. Yo no digo
que si es rico, noble, avaro,
mi amor me pague tan caro
si con mi amor no le obligo.
Si (aunque pensarlo me pesa)
con otra casado està,
el daño mortal serà,
no para el, para Teresa.
No le humillarà mi amor,
si venga á mi padre y lava
mi afrenta, sere su esclava,
porque él será mi señor.
Si á alguien con amarle ofendo,
nadie me podrà estorbar
que pueda en silencio amar
objeto que no pretendo.

D. *Ped.* (¡Pobre muchacha!) ?Y si fuese
Pedro un falso y un traidor?

Teresa. No conseguirá un error
que por el no me interese:
aun si miente le amaré.

D. *Ped.* Y si es un vil, cuyo oficio
te infama?

Teresa. Haré un sacrificio,
y su infamia partiré.

D. *Ped.* Y sí su conducta loca

con depravada intencion,
à tu orgullo con razon
y á tu honor, Teresa, toca,
¿le amarás?

Teresa. ¡Siempre, aun que triste!
lloraré mi desventura,
y no habrá fin mi amargura
si es verdad.

D. *Ped.* Tu lo dijiste,
el sabia que hasta tí
no se podia bajar,
y te enamoró á pesar.
¿Quieres aun buscarle?

Teresa. Sí.
La última vez verle quiero,
y en nombre de aquel amor
voy á encomendar, señor,
mi venganza á un caballero.

D. Ped. ¡Sí por Dios! y no te engaña
tu amor, que si te ha mentido,
te vengará arrepentido,
que es quien es. (¡Muger estraña!
Veamos.) ¿Antes tuviste
que él otro amor?

Teresa. Le olvidé.

D. Ped. ¿Quiérete aun?

Teresa. No lo sé.

D. *Ped.* ¿Dice?

Teresa. Que sí.

Teresa. Mal hiciste.
Toma ese anillo; al mostrarle
paso en palacio te harán,
y hasta el rey te llevarán.

Teresa. ¡Al rey!

D. *Ped.* A él debes llevarle;

Pedro Bravo estará allí:
Háblale... y lleva contigo
al alcázar á ese amigo,
que anda perdido por tí.

Teresa. ¿Y que relacion...?

D. *Ped.* No dudes,
Teresa: ¿de que en conciencia
me serviria la ciencia
á que confiada acudes,
si remedio no te hallara?
Ve á palacio y de contado
verás á Diego vengado,
y à Pedro Bravo la cara.
¿Quieres mas?

Teresa. Si no temiera
que mi empeño....

D. *Ped.* Dí y concluye.

Teresa. ¿De mi Pedro Bravo huye
por desamor?

D. *Ped.* ¡Necio fuera!
te quiere cada vez mas;
pero sigue mis consejos;
ama á Pedro desde lejos,
no se lo digas jamàs.

Teresa. ¡Me aterrais!

D. *Ped.* Tu eres muy bella,
él es mozo, y aunque bueno,
su amor es bruto sin freno
que cuanto alcanza atropella.
Harto dije; vete pues.

ESCENA XIV.

D. PEDRO.

¿Con su deshonra qué gano?

no quiero ser tan villano
con quien tan sincera es.
Casta y sencilla paloma
presa en las redes de amor,
que vayas libre es mejor
que cruel gavilan te coma.
Yo te vengaré de mí,
y al ver quien era y quien soy,
en que has de estimar estoy
por lo que soy lo que fuí.
¿Quién va?

ESCENA XV.

D. PEDRO, JUAN *con mandil y cuchillas al cinto.*

Juan. Juan Cortacabezas
con todos sus menesteres.
D. *Ped.* ¡Voto à san Gil! ¿y que quieres?
Juan. Sabedor de mis proezas
aqui me envió don Samuel,
para que hablara con vos;
con que bien sabreis los dos
para que me envia él.
D. *Ped.* (¿Quien es este záfio?) Oriéntame
de tus hazañas, y á ver
si me sirves.
Juan. Que saber
no hay mucho.
D. *Ped.* Despacha, cuéntame.
Juan. Llámome Juan, soy de oficio
carnicero (ó cortador,
si asi os place), y tanto amor
le profeso à mi ejercicio,
que vendo al sol, y peleo
por la noche, y de este modo,

aunque igual no valgo todo
siempre es igual el empleo.

D. *Ped.* Entiendo: ¿con que es decir
que eres de esos que en Sevilla
ponen precio à una cuchilla
sin ir al rey á servir?

Juan. Ya ve usarcé, nunca falta
quien refunfuñe de todo.

D. *Ped.* Pues ya se ve.

Juan. De ese modo
siempre à un buen hombre le asalta....
pues... dan en decir algunos
que siempre mi calle à oscuras
està, y otras mil locuras
que à la fin...

D. Ped. Toma. (*Dalé un bolsillo.*)

Juan. ¿Hay aqui
precio....?

D. Ped. De un hombre no mas.

Juan. Bien vale por Barrabás.

D. *Ped.* ¿Te dijo el nombre Leví?

Juan. No.

D. *Ped.* Pues mañana temprano
ve al alcázar, y que hacer
te darán.

Juan. Ya empiezo á ver:
Yo oí decir que hay quien piensa
que el rey... ¡oh, si fuera cierto!

(D. Pedro *le echa una mirada de desprecio, diciéndole con tono de ambigua interpretacion.*)

D. Ped. Juan, si tienes buen acierto
doblarán la recompensa.
Vete.

Juan. ¡Si supiera tal

ESCENA XVI.

D. PEDRO.

¿Cortacabezas? ¡Buen nombre!
Mañana veré si á ese hombre
se le han dado bien ó mal.
¿Padilla?

ESCENA XVII.

D. PEDRO, PADILLA, *despues* MARCOS MARTIN *entre dos guardias.*

D. *Ped.* Tráeme à ese mago.
(*A Marcos*) Martin, pues tan mal empleas
tu ciencia, es fuerza que veas
los oroscopos que yo hago.
Ven acà: ese pergamino
has de escribir á Samuel,
y vas à fijar con él
bueno ó malo tu destino.
Dile que oportuna ausencia
es del caso, que está todo
previsto, y que haga de modo
que estén todos en la audiencia.
(*Marcos escribe.* D. *Pedro le mira con escrupulosa atencion.*)
Y ve que si un garabato
te veo hacer que no entienda,
tu vido tengo por prenda...
escribe limpio, ó te mato.
(*Toma don Pedro el pergamino y lo examina detenidamente.*)
Está bien; á una prision

llevadle, y à la hora dada
mañana irá su embajada
à dar al rey al salon.

(Asen los ballasteros à Marcos que ha quedado en pie junto á la mesa donde escribió, y al pasarle por delante de don Pedro le dice este.)

Si obedeces vivirás
de otro modo tu torpeza
te costará la cabeza.
Padilla.

(Mientras vuelve Padilla, *don Pedro cierra la puerta por dónde han entrado los que se supone venir de la calle, y descorre el cerrojo de la del fondo, que se supone dar à las habitaciones interiores de Samuel. Hecho esto y puesto el pergamino en parte visible de la mesa vase hacia don Diego Garcia de* Padilla. *Salen y* Padilla *vuelve à la voz de don* Pedro.*)*

ESCENA XVIII.

D. PEDRO, PADILLA.

D. Ped. Con él irás;
que no hable ni al confesor,
y en cumpliendo su embajada,
en una caja cerrada
la cabeza á su señor.

Padilla. ¿No le dijisteis?...

D. Ped. Lo siento;
mas tener cuenta es precisó
del refran con el aviso:
quien hace un cesto hará ciento;

ACTO CUARTO.

PERSONAS.

DON PEDRO.
D. JUAN DE COLMENARES.
SAMUEL LEVI.
BLAS PEREZ.
D. ALBAR PEREZ.
UN EMBAJADOR DEL REY DE GRANADA.
EL CARDENAL, LEGACO DEL PONTIFICE.
D. JUAN ROBLEDO.
DON DIEGO GARCIA DE PADILLA.
JUAN.
DOÑA ALDONZA CORONEL.
TERESA PEREZ.
Cortesanos, prelados, dignatarios eclesiásticos y civiles de todas categorias, acompañamiento del legado y del embajador, Ballesteros del rey, conjurados y Pueblo.

La escena pasa en el alcázar de Sevilla.

PARTE PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

Galeria corta con puerta en el fondo, en el alcàzar de Sevilla.

D. PEDRO. DOÑA ALDONZA.

D. *Ped.* ¡Eso dicen! vive Dios,
Aldonza, que no lo entienden.
Si aun nos queremos los dos,
bien lo veis, hermosa, vos.
Aldonz. Meter cizaña pretenden.
D. Ped. Eso sí, y por mejor prueba
os voy á decir la nueva
con que me han venido á mí:
que Albar Perez está aquí.

Aldonza. ¡Cuento!
D. *Ped.* El aire se lo lleva.
¡Oh! pero ved la perfidia
con que lo cuentan; añaden
que Lacerda ya no lidia
por el rey.
Aldonza. Dichos de envidia.
D. *Ped.* Al menos me lo persuaden;
mas no es eso todo aun,
os hacen de mancomun
con vuestro pobre marido,
que anda de celos perdido
fraguando el daño comun.
Aldonz. ¡Pero vos no lo creereis!
D. *Ped.* ¿Yo? ¡ni por pienso! Escuchad:
aun hay quien dice que habeis
vos bajado à la ciudad
à verle.
Aldonz. Y vos...
D. *Ped.* Ya lo veis;
siempre en vuestros ojos preso,
perdido siempre de amor,
desprecio al vulgo sin seso
y aun casi me agrado de eso
por confundirlos mejor.
Aldonz. Mas dejadme preguntaros:
¿que se hace vuestra Padilla?
D. *Ped.* Indicios me dais bien claros
de que ha podido enojaros:
mas ved que no está en Sevilla.
Aldonz. ¿No la volvereis á ver?
D. *Ped.* Tuvierala por muy fea
tras de veros.
Aldonz. Vàisme á hacer
la mas dichosa muger.

D. Ped. Eso mi amor os desea.
Aldonz. ¡Oh! será mientras aliente
mi anhelo amaros, mi gusto
serviros, eternamente
ser vuestra... y murmure injusto
el populacho insolente.
Sois el sol con cuya lumbre,
con cuyos vivos reflejos
se goza la muchedumbre,
y envidia que el sol me alumbre
de cerca y á ella de lejos.
D. *Ped.* Decis, Aldonza, muy bien;
os envidian porque os ven
junto al sol ràdiante estrella,
mas será fuerza qué á ella
den culto á la par tambien.
¡Oh! soy quien soy en Castilla,
y acatarán mis antojos;
que de no, fuera mancilla
para mi luz de mis ojos,
amor mio.
Aldonz. ¿Y la Padilla?
D. *Ped.* ¿Celos teneis?
Aldonz. ¡Que se yo!
mas al cabo...
D. *Ped.* Eso acabó.
Aldonz. ¡La Padilla es tan hermosa!
D. *Ped.* Sed con ella generosa,
yo la enamoré y me amó.
Perdonad, no os habia visto
todavia, un error fué
mas lo corregí bien listo;
la amaba, os ví y la dejé;
(bien lo hacemos, ¡voto á Cristo!)
Aldonz. Mas entre el vulgo, señor

correis por algo inconstante.
D. Ped. ¿Y no deciais, mi amor,
ha poco, que es ignorante
el vulgo y murmurador?
Aldonz. Quien bien quiere bien sospecha,
D. Ped. ¡Eh! ¿quien hace caso alguno
de cuentos de su cosecha?
Sin ir mas lejos ved uno
con que os quedareis satisfecha.
¿Sabeis lo que ha sucedido
con Colmenares?
Aldonz. Si á fè.
D. Ped. Dió la muerte á un atrevido
que le amagó.
Aldonz. ¡Descreido!
D. Ped. ¿Y sabeis que dicen?
Aldonz. ¿Que?
D. *Ped.* Que le matò porque osado
el bribon se habia negado
á no sè que devaneos
con su hija... dichos tan feos
inventa el vulgo menguado.
Aldonz. (¡Cielos, que luz!)
D. Ped. ¿Que decis?
Aldonz. Me horrorizo del supuesto.
D. *Ped.* Lo mismo que yo sentis.
Aldonz. El tan noble, tan modesto...
D. Ped. (Un buen par os reunis.)
Mas ahora que hablamos de él,
¿sabeis que me hizo reir
la sentencia? ¡está al nivel
de la ley de un rey tan cruel!
Aldonz. (¿Que querrá este hombre decir?)
D. Ped. El vulgo canalla es;
sobra él pesa la justicia;

el rico, el noble à sus pies
le tiene.

Aldonz. El vulgo codicia
no mas que sus doblas.

D. *Ped.* ¡Pues!
Mas ya le harán, vive Dios,
ir de la nobleza en pos.
(Con la cuchilla en la mano
degollando dos á dos
tanto insolente villano.)

Aldonz. Sois justo, señor, en eso,
que os acata la nobleza
y os defiende.

D. Ped. ¡Oh! lo confieso;
por ella asaz me intereso:
(como ella por mi cabeza.)
Mas veo allí á Colmenares:
voy á celebrarle un rato
sus aventuras y azares.

Aldonz. Y á fé que son singulares.
(*Como para sì.*) ¿Amagarle?.. ¡mentecato¡
bien muerto está el que mató.
(*Se echa à reir, observando la impresion que sus palabras hacen â doña Aldonza.*)
Y luego... ¡brava quimera!
¿quien amores le colgó
con aquella zapatera?
(*Rie.*) ¡Oh! voy á darle ahora yo
gran zumba con su Teresa.

Aldonza. ¿Se llama asi?

D. Ped. Dícenlo.
Mas á vos ¿que os interesa?

Aldonz. ¿A mi? nada.

D. *Ped.* Creí.

Aldonz. No,

tan solo lo pregunté
por la zumba.

D. Ped. Bien está.
á Dios, mi amor.

Aldonz. El os dé
compañia.

D. Ped. (Me holgarè
si à ambos el diablo os la dá.)

(Vase don Pedro, y al fin del teatro se vuelve á mirar à doña Aldonza.)

Aldonz. (¡Necio! ¡asi vive tranquilo
y hoy agoniza tal vez!)

D. Ped. (Se traga el anzuelo el pez
sin ver que va atado el hilo.)

ESCENA II.

ALDONZA.

Vete, que à la muerte vas,
¡Necio! de torpes placeres
con una ilusion no mas
llevan à un hombre detras,
como à un perro, las mugeres.
¡Que vale, sol de Castilla,
tu atrevimiento y valor,
si à pesar de tu Padila
aqui á mis plantas te humilla
una sonrisa de amor!
Mas caí en curiosidad:
¿sí acaso serà verdad
y por otro amor me deja?
¡Oh, abriera la eternidad
á tan maldita pareja!
¡Y por quien! ¡Santa María!
¡por una villana tal!

Grave el insulto seria,
y por Dios que merecia
castigo al delito igual.
¡Ay!... miseria, nada son
las cosas de nuestro ser:
¡que inconstante el corazon
donde hierve una pasion,
donde alienta una muger!
Me dejó y le áborrecí
que le olvidaba creí,
y hoy que de otro amor recelos
tengo por él, ¡pesiami!
que de don Juan tengo celos.

(*Guzman asoma por un lado recatándose.*)

¿Mas què es esto? un encubierto
me asecha mal escondido
tras del postigo entreabierto.
se acerca... quien es no acierto.

Guzma. Ella es. (*Saliendo.*)

Aldonz. ¡Cielos, mi marido!

ESCENA III.

DOÑA. ALDONZA. DON ALBAR PEREZ.

D. Al. Os hallo al fin, señora: por que huraña
os recatais de mi? ¿teneisme miedo?

Ald. ¿Miedo, porque?

D. Al. Que pregunteis me estraña
lo que yo mismo preguntaros puedo.
Dime, Aldonza, ¿do estàs hace tres dias
que ni dia ni noche doy contigo?

Ald. ¿Que era, Guzman, lo que de mí querias
que asi te afanas para dar conmigo?

D. Al. ¿Que quiero? ¿que el esposo con la esposa
mas larga ausencia y pesadumbres quiere?

¿Y que quiere la alegre mariposa
en torno de la luz en donde muere?
Aquella noche misteriosa y triste
que te hallé con los nuestros en la cita,
¿dónde al salir con las tinieblas fuiste?
Si me niegas tu amor, ¿quien me le quita?
¿que haces en este alcázar?

Ald. ¿No lo sabes?
Soy la dama del rey.

D. *Al.* Voto á los cielos.
¿Y lo dices así?

Ald. ¿No era...

D. *Al.* No acabes,
ó por Dios...

Ald. Voto vá, teníais celos.

D. *Al.* ¡Si, celos, vive Dios! negros, horribles,
que me roen, Aldonza, las entrañas;
¡celos que están pidiendo irresistibles
sangre!

Ald. La habrá, Albar Perez, no te engañas.
Habrá sangre ¡pardiez! y no muy lejos;
ten al fijar los pies mucho cuidado,
Guzman, porque del sol á los reflejos
has de andar con la sangre deslumbrado.
Las losas estarán resbaladizas
esta tarde en palacio.

D. *Al.* No hablo de eso:
hablaba de mi honor.

Ald. De sus cenizas
hoy ha de alzarse por su propio peso.

D. *Al.* ¡Hoy se alzará y le vendes!

Ald. Te engañaron,
Guzman; tiempo ha que á réditos le puse.
Y hoy que á crecida cantidad llegaron,
justo será que los emplee y use.

D. *Al.* Acabemos, Aldonza; me interesa
mi honor mas que mi vida y que mi patria:
reine quien quiera, sobre tu honra pesa
mancha indeleble è incurable herida.
Ald. No lo entiendes.
D. *Al.* El vulgo lo murmura.
Ald. Y el vulgo es necio.
D. *Ald.* Mas su lengua infama.
Ald. Lo que hoy tacha, mañana por ventura
lo aplaudirá, Guzman.
D. *Al.* Deja la llama
donde deprendió su indeleznable huella,
y no vuelve la fama por la honra
que una vez marchitó.
Ald. No se atropella
tan fácil la virtud por la deshonra.
D. *Al.* Mientes, Aldonza, mientes! aqui mismo
¿no te he visto con él en amorosa
conversacion?
Ald. Te ciega tu egoismo,
Guzman, y aun no conoces á tu esposa.
D. *Al.* ¿Y en palacio no vives torpemente
con la infame Padilla comparada?
Ald. Y en palacio viviera eternamente
hasta salir cadáver ó vengada.
D. *Al.* Aun me querràs por Dios, dorar tu afren-
ta.
Ald. Mala memoria tienes; ¿no has oido
una historia contar triste y sangrienta
de un Coronel que pereció vendido
por mandato del rey, y en una torre
á una muger le dieron su cabeza?
Su sangre, Perez, por mis venas corre;
llàmome Coronel, vé mi torpeza.
D. *Al.* ¡Cómo! fraguaste tú...
Ald. ¡Sí, por mi vida!

No hubo estorbos que el paso me tuvieran
familia y honra atropellé ofendida,
y nada me importó lo que digeran.
Le esperé, le acosé con mi hermosura;
le sitié con mis ojos, é insensato
cayó à mis pies, poniendo á su locura
precio que ha de pagar, y no barato.
Jactase de mi amor, público lo hizo
por orgullo no mas... ¡oh! dura poco,
porque antes que le mude antojadizo,
pierde la vida por su orgullo loco.

D. Al. Y yo, Aldonza, contigo conspiraba
por instinto tambien!

Ald. Basta; dejemos
que el tiempo llegue, que de andar no acaba
fuerza es, Guzman que sospechar no demos.

ESCENA IV.

GUZMAN.

Juzgué mal, vive Dios: bien ha pensado;
ella à su padre vengará altanera,
y del amor del rey iré vengado
cuando à las manos de su dama muera.

ESCENA V.

D. ALBAR, D. PEDRO, Y COLMENARES *cruzando por el fondo.*

D. *Ped.* ¿Qué hombre es aquel, Colmenares?

Col. No le distingo á fé mia.

D. *Ped.* Voto á san Gil, juraria...

Col. (¡Guzman!... Todos son azares!)

D. *Ped.* El rostro recata, ve
quien es; que sea quien sea

no quiero que aqui me vea.

Col. (Con esto le advertiré.)

D. *Ped.* (Asi les podré acechar
sin que ellos de ver lo echen.)

Col. Porque astutos no sospechen,
le procuraré apartar.

ESCENA VI.

D. JUAN. D. ALBAR.

D. *Al.* ¡Oh, vive Dios! ¡que recuerdo!
Colmenares ¿no es aquel?
de cierto á saberlo... ¡ay de él!

D. *Jua.* (Halagarle será cuerdo.)
Guzman, ¿en palacio asi
tan descuidado os estais?

D. *Al.* ¿Donde vos, don Juan, entrais
no me es dado entrar á mí?

D. *Jua.* De la córte estais proscrito.

D. *Al.* ¿Y encausado no estais vos?

D. *Jua.* Es muy distinto, por Dios,
el vuestro de mi delito.
Si maté á quien me ofendia,
fué mi causa la mejor.

D. *Al.* Si á mí me llaman traidor,
mañana será otro dia.

D. *Jua.* ¿Tanto fiais de la suerte?

D. *Al.* De mí á lo menos espero
que moriré caballero,
sea cuando quiera mi muerte.

D. *Jua.* Eso he oido decir
de continuo á vuestra esposa

D. *Al.* Muger es muy generosa.

D. *Jua.* ¡Oh! Con vos hasta morir.

D. *Al.* ¡Bien conoceis su intencion!

D. *Jua.* A su virtud me remito.
D. *Al.* ¿Sabeis si por tal la admito?
D. *Jua.* (Diablos de conversacion,
que giro tomando va.)
¿Pudierais vos dudar de ella?
noble, generosa, bella,
y bien casada.
D. *Al.* Quizá.
D. *Jua.* (¡Habla este hombre, ó adivina?)
Si no es mas que una sospecha.
D. *Al.* (¡El mentecato! Imagina
que el disimulo aprovecha.)
Mas decidme, pues sabeis
tanto vos de su hermosura,
de su vida y virtud pura,
mas enterarme podréis.
D. *Jua.* ¿Yo?
D. *Al.* Vos sí.
D. *Jua.* ¡Que estravagancia!
¿su guarda, don Albar, soy?
D. *Al.* Que la guardo á probar voy,
don Juan, á vuestra arrogancia.
D. *Jua.* Sospechais tal vez...
D. *Al.* De vos.
D. *Jua.* ¿Por?
D. *Al.* Un no sé qué me han dicho.
D. *Jua.* Pase, si hablais de capricho.
D. *Al.* ¡De veras hablo, por Dios!
Pero estamos en palacio,
y tal vez no muy seguros;
venid abajo á los muros,
y hablaremos mas despacio.
D. *Jua.* No comprendo vuestro afan;
mas os veo algo irritado
contra mí, y tened cuidado

que nací noble, Guzman.
D. Al. Vos lo decis mas no basta.
D. Jua. ¿De mi sangre dudareis?
D. *Al.* Sé don Juan, que descendeis
de ilustre y antigua casta;
pero palabras cortemos,
téngoos á solas que hablar.
D. Jua. Creo poder contestar.
D. Al. Venid pues y lo veremos.
D. Jua. Mas fácil...
D. Al. Os engañais;
uno ú otro ha de caer,
y en soledad ha de ser:
ó morís ó me matais.
D. Jua. Será asi, pero no ahora.
D. Al. ¿Porque no?
D. Jua. Fuera locura
no dar cima á otra ventura,
y va llegando la hora.
D. Al. Pues...
D. Jua. Esta noche.
D. Al. Corriente.
D. Jua. Yo os buscaré.
D. Al. Yo os espero.
D. Jua. Adios.
D. *Al.* Adios.
D. Jua. (Majadero,
¡de lo dicho se consiente!
por una muger agena, *do.*)
y de quien cansado estoy! (*Vase rien-*
D. *Al.* Curaré su ambicion hoy
con una estocada buena.

ESCENA VII.

D. JUAN, D. ALBAR, TERESA.

(*Al salir don Juan da con Teresa que va á entrar.*)

Teresa. ¡Cielos!
D. Jua. ¡Teresa!
Teresa. ¡*Ay* de mi!
D. Alb. ¿Què es eso?
Teresa. (*A D. Albar.*) Si sois hidalgo
y el honor teneis en algo,
sacadme, señor, de aqui.
D. Jua. (¡Que diablos, cuanta aventura!)
Teresa. Una hora ha que ando perdida
por esta casa, traida
à ella por mi desventura.
D. Jua. (A D. *Albar.*) Està loca.
Teresa. (*A* D. *Juan.*) ¡Loca dijo:
sí, loca por tí, cruel!
Guiadme vos lejos de él, (*A* D. *Albàr.*)
señor.
D. Alb. (Celos son de fijo.)
¿Quien es? (*A* D. *Juan.*)
D. Jua. No sé.
Teresa. ¡No lo sabe!
mónstruo, ¿y mi padre?
D. *Alb.* (¿Qué es esto?)
Teresa. Hidalgo, sacadme presto,
antes que el furor me acabe.
D. *Alb.* ¿Pero que buscas, quien eres
Teresa. Yo soy.
D. *Jua.* (*Interrumpiendole*) Lleváosla pues.
(*Aparece doña Aldonza, y Teresa se ampara*

de ella.)

Teresa. ¡Oh, señora, á vuestros pies
favor.

D. Jua. (¡Ea, dos mugeres;
se acabó!)

ESCENA VIII.

D. JUAN D. ALBAR, DOÑA ALDONZA. Y TERESA.

Teresa. Por compasion
llevadme lejos de este hombre;
tiene de cordero el nombre,
con entrañas de leon.

Aldonz. ¿Quien, muchacha?

Teresa. Ese asesino.

Aldonz. ¿Es mas?... D. Juan, muy bien.

D. *Jua.* (Nos pierde.)

Aldonz. Conmigo ven,
niña. (¡Rostro peregrino!)

D. *Jua.* (D *Aldonza.*)
Ved que su lengua imprudcnte
os lleva al cadalso hoy.

Teresa. Contenta al cadalso voy,
que llevaré mucha gente,
¿era por esto el afan
de huir amante conmigo?
el mundo será testigo
de mi venganza, don Juan.

D. *Jua.* Ved...

Aldonz. Quitad, vil impostor.

D. Alb. (*Que les ha estado observando toda esta escena.*)
(Oh, si, de cierto esto es.)
Señor don Juan, salid pues.

D. *Jua.* Yo sé una interpretacion;

vamos.

D. Alb. (*A doña Aldonza.*)

Y vos tened cuenta.
que he de lavar de mi afrenta
hasta el ultimo borron.
¿Me entendeis?

D. Jua. (*A. don Albar.*) Y os diré!...

D. *Albar.* Nada.
Colmenares, lo se todo.

D. *Jua.* D. *A*lbar, pues de ese modo...

D *Alb.* No hay mas lengua que la espada.
(*Salen.*)

ESCENA XI.

DOÑA ALDONZA Y TERESA.

Aldonz. Id con *D*ios: viven los cielos,
¿que me importa de esa afrenta
cuando no tengo mas cuenta
que con mi rabia y mis celos.
¿Te llamas Teresa?

Teresa. Si.

Aldonz. ¿Quieres à ese hombre?

Teresa. Ya no.

Aldonz. ¿Le quisiste?

Teresa. Lo mandó
mi padre y obedecì.

Aldonz. ¡Tu padre!

Tetesa. Fueron hermanos
de leche y era un deber,
mas nunca le pude ver.

Aldonz. (¡Es ella y cayó en mis manos!)
(*Robledo pasa pensativo por el fondo y se para viéndolas.*)
¿Quien te ha dirijido aqui?

Teresa. Señora...
Aldonz. Contesta, ¿quien?
Teresa. Un adivino.
Aldonz. Está bien;
adivinó para mi.
Robledo, venid acá;
à esta muger detenedme
mientras...
Teresa. Dios mio, acorredme.
Robled. ¡Y en palacio...
(*Vase á volver Aldonza y se halla con* D. Pedro.)
D.Ped. Quien va allá.
Aldonz. Cielos!

ESCENA X

DICHOS, D. PEDRO.

Teresa. El es Pedro Bravo,
(*Se echa à su cuello.*)
D. *Ped.* ¡Teresa!
Teresa. ¡Oh tenme contigo,
D. *Ped.* ¿Que dices?
Teresa. Salvame digo.
Aldonz.(De comprenderlo no acabo.)
D. Ped. Aldonza, ¿la conoceis?
Aldonz. No me habias dichos vos
que de don Juan...
D. Ped. No por Dios,
alucinado os habeis.
Dejadnos.
Aldonz. ¡Cómo! ¿Con ella?
D.Ped. ¿No lo veis?
Aldonz. ¡Pérfido! Ahora...
D. Ped. Idos á rezar señora,

y dejad á esta doncella.

Aldonz. No, don Pedro, aqui no os dejo
sin que me espliqueis al cabo
que es eso de Pedro Bravo.

D .Ped. Que os vayais os aconsejo.

Aldonz. Pues satisfecha no estoy,
no me he de mover de aqui,
que he de saber ¡pesiami!
si al fin ofendida voy.

D .Ped Idos, y callad el pico,
que yo á vuestro gabinete,
os enviaré un ramillete
de flores y un abanico.

Aldonz. ¿Os mofais?

D.Ped. Si no os contenta,
os enviaré mi rosario
y en el pondrá el emisario
vuestra cabeza por cuenta.

ESCENA XI.

D. PEDRO. TERESA.

Teresa. ¡Pedro!... (*Tiernamente.*)

D.Ped. No olvides de hoy mas
de aquel sabio los consejos:
ama à Pedro desde lejos,
no se lo digas jamas.

Teresa. ¡*A*un me privareis!...

D.Ped. Silencio,
Teresa; viniste aqui
venganza á pedir de mi,
ven á ver como sentencio.
Si te ultrajó Pedro Bravo,
don Pedro te satisface:
por lo que á lo de antes hace

aqui empiezo y aqui acabo.

Teresa. Señor, quien quier que seais,
que aun comprenderos no puedo,
para quien en nada quedo,
pues do empezais acabais.
Vuestra palabra os levanto,
pues que vais de mala gana,
que me creo asaz villana
para obligaros á tanto.

D.Ped. Ve recta por tu camino,
muchacha, y confia en Dios;
vas de la venganza en pos
y es vengarte tu destino.

ESCENA XII.

D. PEDRO *toma de la mano à* TERESA, *que le sigue en silencio; al salir por el fondo se halla cara á cara con* D. ALBAR, *que va à entrar; él y don Pedro se recatan uno de otro.*

D.Alb. Razon tiene, esperaré
á la noche; mas ¿quien va?

D.*Ped.* ¿Quien es este?

D.*Alb.* (¿Quién será?
No ha de verme.)

D.Ped. ¿Le veré.?
¿Que significa en palacio
un encubierto?

D.Alb. O voy mal,
ó á un embozado es igual.

D.*Ped.* ¿Terco sois?

D. *Alb.* Y vos reacio.

D.Ped. ¿Vais à entrar?

D.*Alb.* ¿Vais à salir?

D.Ped. Por sobre vos segun veo.

D. *Alb.* Que entrarè lo mismo creo.
D. *Ped.* (Conocile, vive Dios.)
D. Alb. Pues à uno y otro interesa
salir y entrar sin ser visto,
ved lo que hacen ¡vive Cristo!
dos cuervos con una presa.
D. *Ped.* Con retóricas andais:
chistoso estais, por mi vida:
entrad pues: mas la salida
mirad por donde la hallais.
Y pues sabeis comparar
con las fieras á la gente,
andareis, Guzman, prudente
un consejo en escuchar.
(*Le lleva aparte: Robledo está al fin de la galeria mirando la escena.*)
D. *Ped.* (*A D. Albar.*) El cuervo negro cuanto mas
fortuna mas negra augura.
(*Se desemboza y se muestra vestido de amalla.*)
Que hay cuervo es cosa segura.
D. *Alb.* ¡Cielos! (*Conociendole.*)
D. Ped. ¿Le visteis? Me alegro.
(*Vuelve á embozarse con la mayor indiferencia, y vase con Teresa. Robledo baja á la escena poco á poco.*)

ESCENA XIII.

D. ALBAR. ROBLEDO.

D. *Alb.* ¡La voz del de la noche,
san Dionís! y en los secretos
de nuestras gentes hablaba
como en sus negocios mesmos.
El es, no me queda duda;
todo lo adivino á un tiempo:

de la muchacha el galan,
de doña Aldonza el cortejo,
de Guzman el enemigo
y de todos el infierno.
¡Oh! todo me sobra ahora;
valor, honra, vida y celos.

Robled. D. Albar, dadme la mano.
D. Alb. ¿Despedida es?...
Robled. Para lejos.
D. Alb. ¿Donde os vais?
Robled. Do iremos todos:
en la plaza nos veremos.
D. Alb. ¿Despechado estais?
Robled. Lo estamos.
D. Alb. ¿Tanto como yo, Robledo?
Robled. He visto al diablo las uñas.
D. Alb. ¡Y yo las alas al cuervo!

PARTE SEGUNDA.

ESCENA XIV.

Salon de embajadores en el alcázar de Sevilla: trono, dosel y aparato de magnificencia real. Puerta en el fondo cerrada y secretas á los lados.

PADILLA, *que está en la escena*, D. PEDRO *y* TERESA *qnè entran.*

D. Ped. ¿Está?
Padilla. Todo.
D. Ped. ¿Y el muchacho?
Padilla. Ya espera.
D. Ped. ¿Sabe el papel?
Padilla. Ojalá todos como él.

D.Ped. ¿Cumplirá pues?
Padilla. Sin empacho,
que trae brio.
D.Ped. Bien está;
guarda à esa muchacha bien,
y que en el salon esten
cuando vuelva todos ya.
Teresa, sigue à ese hidalgo;
y pues invocas la ley.
el te llevarà hasta el rey,
que te hara justicia en algo.
(*Aparte à Padilla.*)
Prendedme aquella muger;
Cuzman que por pies no tome,
y el que en palacio hoy asome
à salir no ha de volver. (*Vase.*)

ESCENA XV.

Padilla introduce á Teresa por una puertecilla, por la que el se va despues de abrir las puertas del fondo á su tiempo.)

Padilla. Venid y esperad aqui.
Teresa. ¿Donde me llevais, señor?
Padilla. Vos os lo sabràs mejor:
callar me mandan à mi.

ESCENA XVI.

Padilla abre las puertas del fondo que dan à una magnifica antesala llena de cortesanos que se reparten por la escena. Entre ellos vienen Samuel Leví, Robledo, Colmenares y los demas conjurados: prelados, militares y dignidades de todas categorias. En un grupo Samuel y otros conjurados.

Uno. ¿Llegó la ocasion?

Samuel. Llegó.
Otro. ¿Y el moro?
Samuel. Respondo de él.
Primer. ¿Mas no decis...
Samuel. Será fiel.
Segund. ¿Razon hay?
Samuel. Me la sé yo.
No ha un hora que recibí
un segundo pergamino:
todo irá por su camino.
Otro. ¿Colmenares?
Samuel. Vedle allí. (*Vuelven á mirarle.*)
Primer. ¿Y entraron los de Guzman?
Samuel. Es nuestra toda Sevilla;
no hay temor, tendrá Castilla
rey mejor.
Segund. Por tal le dan.
(*En otro grupo Colmenares y otros.*)
D *Jua.* ¿Habeis esparcido bien
por el vulgo mi noticia?
Uno. Todos dicen que es justicia.
D. *Jua.* ¿Y habrà tumulto?
Otro. Tambien.
Otro. ¡Oh! es obra de religion
la del papa.
Primer. Sí en verdad:
pero el pueblo en realidad
no merece escomunion.
(*Los maceros anuncian al rey, que sale por una puerta lateral embozado como siempre.*)
Macer. El rey.

ESCENA XVII.

DICHOS, D. PEDRO, *à cuya salida doblan todos la rodilla.*

D. Ped. Alzaos, vasallos.
Un conj. (¡Qne orgullo!)
D. Ped. Vengan á mi
Colmenares y Leví.
Un conj. (Asi pide los caballos.)
D.*Ped.* Samuel, en los labios veo
que las palabras te bullen;
y palabras que se engullen
se indijestan segun creo.
D.Jua. Señor, vuestros nobles son
los que presentes estàn.
D.*Ped.* Hola, os entiendo, don Juan.
Es mi capa la ocasion
de la advertencia. ¿Es decir
que esa ilustrisima grey
necesita ver si el rey
es curioso en el vestir?
Quitadme esa capa, pues.
(*Lo hace don Juan, y aparece armado, á cuya vista se alza en la escena murmullo de descontento.*)
Algunos. (¡A la audiencia viene armado!)
D. *Ped.* Este es el trage de soldado,
y el rey un soldado es.
(*Oyese un ruido fuera y gente que arma tumulto por el fondo.*)
D.*Ped.* ¿Qué es eso?
D. *Jua.* Es que la canalla
se agolpa á veros aqui.
D.*Ped.* ¿La canalla, á verme á mi?

Que entre, pues.

D. Jua. Mirad la valla,
señor, que de la nobleza
justamente la divide.

D. Ped. ¿Para quien justicia pide
es estorbo la pobreza?
¿Creeis, don Juan, que me asombra,
esa muchedumbre acaso,
ó tema á su tosco paso
que me estropee una alfombra?
Que entre mi pueblo en mi casa.

(*Llénase la escena de gente de todas condiciones.*)

Rey soy de toda Castilla,
y no ha de haber en Sevilla
para hablar con el rey tasa.
Que vea mi pueblo entero
hoy que embajadas recibo;
quien es su rey.—Por Dios vivo
que los vean, eso quiero.

Un nob. (Con la turba nos confunde
el insolente.)

Otro. (¡Habrá mengua!)

Otro. (*A los dos.*) (Hable el hierro por la
y esa alta torre se hunde. lengua.

D. Ped. Que entren los embajadores
que espero.

(*Abrese una puerta lateral, y aparecen el legado del Pontífice y el embajador del rey de Granada, disputándose la entrada cercados de sus respectivos acompañamientos.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS, EL LEGACO Y EL MORO.

El moro. Antes he de ser.

El leg. ¡La iglesia á un infiel ceder!
D. Ped. Voto á... ¿qué es esto, señores?
Entrad los dos á la par;
que aunque á un tiempo hableis los dos,
palabras tengo, por Dios,
con que á los dos contestar.
Uno. (¡Descreido!)
Otro. (Asi se hará
enemiga á toda Europa.)
Samuel. (*A don Juan.*) Esto marcha.)
D. Juan. (*A Samuel.*) (Viento en popa.)
D. Ped. Vamos á ver: ¿hablais ya?
Moro. (*A un tiempo.*) Gran señor...
Legado. (*Idem.*) Rey de Castilla...
D. Ped. (*Al Moro.*) Que hablaras tú, fuera
mas demos al Papa gusto, justo;
que al cabo tiene su honrilla. te.)
Un Conj. (*A Samuel.*) (Ved, todo sale adelan-
Samuel. (Mirad por todo el salon
nuestras gentes en monton.)
El Conj. (Y el moro que fue constante.)
Legado. Rey de Castilla, yo en nombre
del Pontífice Romano,
y él en el del soberano
Dios, que espiró por el hombre,
te decimos: que teniendo
tus pecados y delitos
en número de infinitos
y tu pertinacia viendo;
viendo las continuas guerras,
escándalo y mortandad
con que tiene tu impiedad
tiranizadas tus tierras;
te requerimos de hoy mas,
que retiradas tus gentes

de Aragon, alli no intentes
derecho alguno jamás.
Y si por tenaz capricho
no desistes de tu afan,
tus reinos por ello van
á sufrir un entredicho.
Rey don Pedro, tales son
mis encargos; si Castilla
hoy al Papa no se humilla;
caerá en ti su escomunion.

Cortes. (¡Que escándalo! ¡escomulgada
la nacion solo por él!)

Otro. (¡Contra ese mónstruo cruel
toda la tierra indignada!)

D. Ped. (*Al legado.*) Acabasteis?

Legado. Acabé.

D. Ped. Pues ahora me toca á mi:
lo que hoy os respondo aqui
direis á Roma.

Legado. Eso háré.

D. Ped. Puesto que el rey de Aragon
conmigo lidió esta guerra,
y solamente á mi tierra
alcanza su escomunion,
ó por ello su eminencia
nos escomulga á los dos,
ó le cuelgo ¡voto á Dios!
á la puerta de la audiencia.
Si Roma no sabe leyes,
yo meteré en esa villa
diez mil lanzas de Castilla,
y verá quien son sus reyes.

Legado. ¿Eso mas?

D. Ped. No me replique:
ó parte para Aragon
à doblar la escomunion,

ó á mi enojo, roto el dique,
envio en un saco á Roma
su cabeza, y echo al rio,
cardenal, el tronco frio
à que el agua se lo coma.
Salid.

Legado. En Roma diré...

D. Ped. Decid cuanto os dé la gana;
mas si aqui os hallo mañana,
mala embajada os daré.

Algunos. (¿Qué es esto?)

ESCENA XIX.

D. Ped. (*A la multitud.*) Y murmullos fuera,
Si hay á quien escandalice
lo que con ese hombre hice,
vaya con el donde quiera.
(*Al moro.*) Habla.

El moro. Gran señor, un rey
que allá en el Genil habita,
vuestra amistad solicita
aunque en enemiga ley.
De joyas corto presente
(*Muestra los regalos, telas &c.*)
os hace; admitid, señor,
esta ofrenda hecha al valor
por un enemigo ausente.

D. Ped. (*Sin hacer caso de Marcos Martin.*)
Colmenares, ven acá;
departamos, que es mejor
que oir á ese embaucador,
que á fe que pesado está.

Moro. ¿Me ois, señor?

D .Ped. Sí, decid;

os entiendo bien, amigo.
¿Sabeis, don Jnan, lo que digo?

Colmen. ¿Que, señor?

D. Ped. Que es muy feliz
el fallo del tribunal
en tu causa.

Colmen. Sí, pardiez;
me insultó con altivez,
y allí le maté. ¿Hice mal?

D. Ped. Y si fue, te lo perdono;
pero no falta quien quiera,
don, Juan que el que mata, muera.

Colmen. Mi honor tengo yo en mi abono,
señor...

Moro. *(Al rey.)* Que os hablo en nombre
del rey mi señor.

D. *Ped.* Ya escucho;
seguid, seguid.

Cortes. (Esto es mucho.)

D. *Ped.* *(A don Juan.)*
Cuenta, don Juan, que es muy hombre
quien lo intenta, aunque rapaz,
y que hay justicia... A esa puerta
llamaron; mirad quién es,
Colmenares.

Samuel. (¡Tiento, pues!)

Conjur. *(A otras.)* (Amigos, estad alerta.)

ESCENA XX.

Un momento de silencio.—Cuando Colmenares llega á la puerta que don Pedro le señala, suena el esquilon de palacio, y abriéndose la puerta de repente, don Juan se halla frente á Blas, que le da de puñaladas. Teresa, que sale tras él, queda horrorizada en medio de la escena.—Los conjurados dan en la confusion el grito convenido, y se van hàcia el rey, á cuyos lados estaràn ya Padilla y los ballesteros reales con las lanzas y arcos tendidos. Padilla echa en los hombros de don Pedro el manto real, y tomando este de un doncel su capacete ceñido con la corona de oro, se planta en medio de la escena, apoyado en aquella partesana con puño de baston, que dicen que usó en algun tiempo.

Conjur. ¡Castilla por don Enrique! *ceden.*)
D. Ped. Castilla por Pedro el Cruel: (*Retro-*
eso de hoy mas verá en él,
pues rompió Castilla el dique.—
Pues resiste el blando yugo
de mi igual y justa ley,
dudarà al ver á su rey
si es su rey ó su verdugo.
(*A Juan Cortacabezas, que ha estado entre la turba.*)
Acá; toma esa invencion
con mi sello y mi cuchilla;
y á preguntar vé á Sevilla
si es mi hacha ó mi baston.
Verdugo real te nombro;
toda la ciudad pasea,
y que mi pueblo te vea
por do quier con eso al hombro.
Padilla. Señor, ¿que será mañana
de ese furor la memoria?
D. Ped. Padilla, dirá la historia
lo que le diere la gana;

mas si piensan sin rebozo
esos avaros monarcas
partir mi reyno y mis arcas
porque me ven rey tan mozo,
yo haré que mi reino quede
con honra como español,
y haré ver que solo el sol
tenerle debajo puede.

Padilla. Señor, que veais justo es
que las naciones enteras
tremolarán sus banderas
contra vos.

D. *Ped.* (*Con fiereza.*) Que vengan pues,
yo haré tragar á Aragon,
á Roma, à Navarra y Francia,
à los unos su arrogancia
y á la otra su escomunion.
Vasallos, el soberano
que oye, ve, juzga y sentencia,
abierta tiene su audiencia
para el noble y el villano.
Que si cruel tengo de ser,
preciso será primero
qué me aprecieis justiciero
para saberme temer.
(*Se sienta en el trono.*)
Samuel, ¿conoces á ese hombre?
(*Al verdugo.*)

Samuel. (*Temblando.*) Yo, señor...

D. *Ped.* ¿No le escogiste
para un muerto que aun existe
y de quien callaste el nombre?

Samuel. Señor...

D. Ped. (*Al verdugo.*) Tu racion es esa;
llevatela y no hay perdon.

Samuel, hallaste al leon,
y es fuerza echarle una presa.
(Se lo llevan.)
Ballesteros, el camino
sabeis, y os le he marcado;
llevad los que os he contado
cada cual à su destino.

ESCENA XXI.

A una seña de don Pedro se apoderan sus soldados de todos los conjurados, y del embajador Marcos Martin &c.

D. Ped. Rapaz, acercate aqui. *(A Blas.)*
¿Mataste á ese hombre?
Blas. Piedad,
señor, sabeis la verdad.
D. Ped. Dísela á todos, no á mi.
Blas. Mató à mi padre, señor,
y el tribunal por su oro
privóle un año del coro;
que en [illegible]ez de pena es favor.
D. *Ped.* ¿Lo [illegible]asi el tribunal
á un asesino juzgó.
Sentencia, pues, daré yo
para el vengador igual.
¿que es tu oficio?
Blas. Zapatero.
D. *Ped.* No han de decir, vive Dios,
que á ninguno de los dos
en mi justicia prefiero.
Pesando ambos desacatos,
si en un año cumplia èl
con no rezar, cumples fiel
no haciendo en otro zapatos.

(*A Teresa.*) Teresa, está ya demás
repetirte mis consejos:
ama ha Pedro desde lejos,
no se lo digas jamas.
Puedes marido elegir,
que al cabo es mucho mejor
morir pobre y con honor,
que dama del rey vivir.

Teresa. A vuestras plantas postrada,
señor, de mi orgullo loco
pídoos perdon.

D. *Ped.* (*A Teresa.*) Mal es poco:
vete, que vas perdonada.
(*A los que quedan en la escena.*)
Vosotros, canalla vil,
turba cobarde é ingrata,
que conspiraas de reata
en muchedumbre servil,
id; por necios os perdono:
id de mi reino, insensatos,
que no quiero mentecatos
en derredor de mi trono.
¡Fuera!

ESCENA XXII.

D. PEDRO, PADILLA.

D. Ped. Traedme, Padilla,
de paso esos dos menguados,
que han de caminar atados
como perros en trahilla.

ESCENA XXIII.

D. PEDRO, PADILLA. D. ALBAR *y* ALDONZA.

D. *Ped.* Ahí teneis vuestra muger:
si no os da mengua tenella,
podeis aun vivir con ella;
sino un convento escoger;
Mas tened cuenta, Guzman;
si en mis reinos os encuentro,
dos horcas frontera adentro
desde hoy os aguardaràn;
que mientras pueda mi ley
sonar por ambas Castillas,
la han de escuchar de rodillas
desde el zapatero al rey.

A mi buen amigo D. JOSÉ GARCIA LUNA.

Me aconsejaste que presentara en escena al rey D. Pedro; *y escribí este drama para tí.* Reconocido quedó *à todos los actores que han tomado parte en su representacion pero seria necia vanidad negarte las dos partes de gloria que te corresponden.*

El rey D. Pedro *te daria las gracias: y el publico que te ha colmado de aplausos te ha dicho mejor que pueden hacerlo mis palabras, que* has aconsejado bien y has ejecutado mejor.

Tu buen amigo

JOSÉ DE ZORRILLA.

Madrid 14 de marzo de 1840

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del editor de los teatros móderno, antiguo español y estrangero: quien persiguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden incerta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la del 16 de abril de 1839, relativa à la propiedad de las obras dramaticas.